

ANTONIO
ALCALA
VENCESLADA



uena

imiente

ANTONIO ALCALÁ VENCESLADA

LA BUENA SIMIENTE

Fábulas



© DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN
Colección: «POESÍA»
Diseño: Gabinete de Diseño
de la Diputación Provincial

Imprime: SOPROARGRA, S. A.
Polígono Industrial «Los Olivares» / Jaén
Encuadernación: ROLUAN, C. B. / Jaén
I.S.B.N.: 84-86843-60-X
Depósito Legal: J. 21 - 1993
Printed in Spain - Impreso en España

R. 10.336

ANTONIO ALCALÁ VENCESLADA

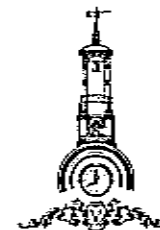


LA BUENA SIMIENTE

Fábulas

Introducción y Notas

MANUEL URBANO



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE JAÉN
1993

«EL GRANO GERMINADO»

A modo de introducción



Catedrático en el viejo Instituto de la calle Compañía y archivero de la Delegación de Hacienda, Antonio Alcalá Venceslada —Andújar, 5-XI-1883; Jaén, 15-VII-1955— supo encontrar entre sus horas el hueco necesario para la actividad periodística —fundamental será su firma en «Norte Andaluz», el ensayo y la creación literaria, sobre todo durante la década de los veinte y hasta vísperas de la contienda incivil. Fruto del esfuerzo, junto a algunos ensayos, bastantes artículos y un apretado haz de poemas y relatos breves diseminados en revistas y periódicos, principalmente jaeneros, serán los libros; así, «Don Manuel Muñoz Garnica: Estudio Biográfico» —edit. Imprenta del Hospicio de Hombres, Jaén, 1923—, ensayo que obtuviera el premio del concurso convocado por la Diputación Provincial de Jaén con motivo del centenario del ilustre polígrafo ubetense y al que, igualmente, concurriera Luis González López con su trabajo «Estudio crítico de la obra del Doctor Manuel Muñoz Garnica», que publicaría en folletón —1924— en la revista quincenal de arte y literatura «Por los Cerros», que dirigiera en Urbda Rafael Gallego Díaz. A este libro seguirían «De la solera fina», un joyero de ajustadas coplas flamencas —Tipografía de Mora; Jaén, 1925—; «Cuentos de Maricastaña. Apólogos Morales» —imprenta de Diego Cobo; Jaén, 1930— y «Vocabulario Andaluz» —imprenta La Puritana; Andújar, 1934—. Ya en la posguerra aparecerá «La flor de la canela: cuentos, chascarrros y sucedidos andaluces» —imprenta La Puritana; Andújar, 1946—, el que contiene algunos textos publicados en la década de los veinte. Finalmente, la monumental edición del «Vocabulario Andaluz» por la Real Academia de la Lengua —Madrid, 1951—, excelente fruto del redoblado esfuerzo de años en paciente investigación desde que, en 1941, la Academia le concediera el premio Conde de Cartagena.

Tras la lectura de lo editado por el iliturgitano, quien fuera correspondiente de las Reales de La Historia y La Lengua, considero, con el riesgo que conlleva

toda apretada síntesis, que su obra se encuentra felizmente ahormada en torno a lo popular andaluz, «campo ubérrimo a toda clase de productos», en una constante indagación al encuentro y fijeza de la idiosincrasia meridional, puesto que «el carácter lo da el medio en que se vive». Por ello, su búsqueda, rescate y conservación, ya que este importantísimo acervo cultural, para el defensor, se encuentra depositado «en el no muy seguro archivo de la tradición». Y en este ámbito, junto a los trabajos etnológicos o netamente costumbristas, se encardinan los de pura creación literaria en los que tanto se recrea o destila lo popular y, en buena medida, se remozan. De aquí que a Alcalá Venceslada deba estimarse como folclorista y escritor de costumbres. Pero hay más. El andujareño no sólo se siente atraído de modo irresistible por el donaire y chispa, el nervio y la carne de lo popular, así como por el vocabulario y lenguaje, sino que con esos materiales, una vez limadas garrulas adherencias, reedifica un corpus literario para «recrear» y deleitar el espíritu del lector, al que desea le sirva «de provecho» por el fondo y «la moraleja» que contiene. Algo que manifiesta de modo expreso en la introducción a los once apólogos que encierran los «Cuentos de Maricastaña» y nítido está en el fabulario que presento desde su propio título «La buena simiente». Alcalá, siempre maestro.

La primera noticia que tuve de estos textos, como tantas otras, me llegó de manos de Manuel Caballero Venzalá, quien, en el tomo I de su «Diccionario Bibliográfico del Santo Reino», reseña la existencia en la biblioteca particular de Alcalá Muñoz-Cobo de un manuscrito inédito sin numerar, que contiene setenta y nueve fábulas. Por tanto, un grueso libro del iliturgitano que reclamaba ser recuperado para la historia de la literatura giennense, y el que, según juzgaba entonces y el lector puede ratificar ahora conmigo, podía ser de actualidad y servir de grata lectura, a la vez que utilísimo para redondear la sobresaliente figura del escritor, el que, poco a poco y sin grandes pausas, está regresando a ocupar en justicia el lugar de primer orden que le corresponde en la cultura andaluza, sobre todo, desde la segunda edición del «Vocabulario» —edit. Gredos; Madrid, 1980—, a la que seguirían las giennenses de «La solera fina» —1982— y la de los deliciosos «Cuentos de Maricastaña» —1983—, que restauran y acrecientan el patrimonio intelectual provincial y, a la vez, acercan a las nuevas generaciones la ejemplar obra del andujareño.

Difícil resulta a todas luces datar las fábulas que comprende «La buena simiente», aunque muy presumiblemente estén escritas, al menos, entre el diez de febrero de mil novecientos veintiséis, fecha en la que aparece publicada con el pseudónimo de Maese Gil «El asna y la sardina» —número 238 de «Norte Andaluz»— y el dieciséis de julio de mil novecientos cuarenta y cuatro, como advierte la nota autógrafa a «Los melocotones de Alcaudete»; fecha esta última que, si se desea, podría ampliarse hasta mil novecientos cincuenta y tres, puesto que en el número seis de «Adveinge» —marzo de 1953— publica «La urraca crítica» —con anterioridad la daría en «El Pueblo Católico», 20-XII-1929— advirtiendo al lector por vez primera, que sepa, que pertenece al libro inédito «La buena simiente». ¿Pero estaba realmente concluida la redacción del libro y presto para su publicación? En un

principio parece que sí, como puede deducirse de lo escrito al pie de la fábula «Los melocotones de Alcaudete»: «¡Ojo! Esto puede suprimirse en el libro», señalando con ello la nota en la que indica el lugar de su lectura primera y a los diez primeros versos, sin lugar a duda, escritos como ocasional encabezamiento para aquel acto. También, al parecer, para la proyectada edición no debería figurar el último de los poemas, «La abeja, el abejarruco y el abejorro», ya que Alcalá no lo recoge en el índice que realiza en la que me parece una segunda y definitiva ordenación de las fábulas llevada a término cuando, pasado algún tiempo, revisara el original dándole orden diferente a los textos e, incluso, realizando la nada desdeñable cifra de ciento treinta y una correcciones, algunas de las cuales cambian sustancialmente el poema o, caso de «La abeja, el abejarruco y el abejorro», está repleto de tachaduras, propuestas alternativas, etc., que hacen prácticamente imposible la fijación definitiva del texto. En conclusión, parece ser que «La buena simiente» rozó en algún momento la posibilidad de publicarse y, al no producirse ésta, el poeta continuó reelaborando lo escrito a la espera de una más propicia ocasión.

Llegados aquí se impone un nuevo interrogante. ¿Compendia este volumen todas las fábulas de Alcalá? En verdad, no puede asegurarse con firmeza. En el minucioso rastreo que he efectuado en la mutiladísima selva hemerográfica de la provincia, no he encontrado ningún otro texto de estas formas poéticas firmado por el andujareño o con el pseudónimo de Maese Gil; si bien el número del día doce de junio de mil novecientos veinticuatro de «Norte Andaluz» da una fábula, «El ruiseñor y el burro», sin firma, apostillada con un comentario, igualmente anónimo, que es todo un retrato epigramático de algún personaje local. El poema, del que no me cabe duda de su autoría, hizo bien en desecharlo Alcalá, ya que, si bien es de indudable interés literario y humorístico, está fuera de los acordes de esta buena sementera.

También merece señalarse que, al menos, nueve de las fábulas fueron publicadas en vida del autor; así, junto a las tres referenciadas con anterioridad, «Perros y zorros» —«El Pueblo Católico», 20-XII-1929—, «El burro cantor» —«Feria y Fiestas en honor de Nuestra Señora Patrona la Santísima Virgen de la Encarnación», Peal de Becerro, 1954— y «El cisne y el cerdo», «La abeja y la adelfa» y «Plazo fatal», junto a otros poemas y bajo el rótulo de «Poesías místicas y profanas», en el libro «Homenaje a don Luis Muñoz-Cobo» —Madrid, 1955—, así como «La sangre azul», que aparecería en el número de julio de la revista «Ubeda».

Con posterioridad a la muerte de Alcalá Venceslada, Vicente Oya Rodríguez publicaría en el diario «Ideal» las tituladas «El salto del borrico», «Las axellanas» y «El zagalón y el topo», respectivamente, los días diecinueve de enero, cinco de febrero y catorce de septiembre de mil novecientos noventa.

Y antes de concluir se impone otra nueva interrogación. ¿Por qué Alcalá Venceslada escribe fábulas, las que desde Bidpay o Fredro hasta Lafontaine y Samaniego mantenían una espléndida tradición, que se viera truncada por el uso y abuso de los neoclásicos y no pocos poetas de todo el XIX, así como por la revolución lite-

raria que supuso el modernismo, del que, al menos, en el ámbito narrativo, fuese uno de sus epígonos?

Anotamos que en la provincia, terreno dado al florecimiento de frutos tardíos, por esas mismas fechas se continuaban cultivando; así, pongamos por caso, el libro de Vicente Martínez Gómez «Fábulas Morales», impreso en Baeza, en 1924. También, y aun a riesgo de reincidir en lo ya dicho, advierto tres motivaciones. Las dos primeras serán su formación clásica y el compromiso y devoción a lo popular; la otra, tercera, vendrá dada por su afán didáctico y moralizante, de pura higiene mental, ya que retrata con elegante gracejo muchos de los innumerables vicios de la conformación humana, por si alguno, al verse tan ridículamente deforme, pensara en corregirse. Quizás a estas motivaciones podría sumársele una cuarta, la de la chispa y la gracia, la de la sal a randales que poseía el escritor, tan dado a las piruetas del ingenio y al juego de las imágenes. El resultado final, de todos modos y madas a un lado, no puede ser más espléndido: versos ágiles perfectamente contruidos, sentido del ritmo y los tiempos, facilidad de rima sin artificios ni cansancio narrativo. En suma, una obra que por esas extrañas vueltas de la historia entronca con los gustos actuales por lo popular y en la que apenas se percibe el polvo que deposita el tiempo; en definitiva, un fabulario, más decididamente humano que fabuloso, que a la justa medida de un buen escritor, el que, curiosamente, publicara su primer libro en la Diputación de Jaén, como éste otro que es grano germinado, fruto de buena simiente.

Finalmente, y para concluir, una simple nota a la edición. Como el lector comprobará, he anotado los poemas para dar entrada a las correcciones que efectuara el poeta en el manuscrito; en algún caso me he visto obligado a optar entre varias propuestas, por lo que acepto la última responsabilidad. Ojalá que este libro, como toda la obra de Antonio Alcalá Venceslada, merezcan el estudio y análisis literario que con tanta justicia reclaman.

Manuel Urbano



Antonio Alcalá Venceslada, caricatura por Antonio Vázquez de la Torre.

LOS MELOCOTONES DE ALCAUDETE¹

LIBRE de vanidades y ambiciones,
 en una modestísima alquería,
 con cuatro hijos varones
 de distintas edades y aficiones,
 feliz un matrimonio residía.
 Con el trabajo de constante celo
 allí anidó una paz muy bien ganada.
 Componían la hacienda, un huertezuelo,
 tierras de pan llevar en la llanada
 y en el alcor brevísimo majuelo.

A vender un roznillo de destete
 fue el padre a la ciudad, y a su regreso
 compró como alboroque del suceso
 unos melocotones de Alcaudete
 de notable presencia y de gran peso.

¹ Alcalá efectúa una llamada junto al título y anota a pie de página: «Esta fábula imitación de un cuento ruso, fue escrita para un reparto de premios a los alumnos de las Escuelas públicas de Jaén el día 16 de julio de 1994 con el siguiente proemio:

En este festival de cultura
 donde tanta criatura
 con ansia natural y manifiesta
 el galardón a recibir se apresta,
 pretendo aprovechar la coyuntura,
 —si prestáis atención por un momento—,
 de lanzar unos granos de simiente
 que, ocultos en un cuento,
 yo espero que sembréis en vuestra mente
 y os sirvan de lección y esparcimiento».

Después advierte: «¡Ojo! Esto puede suprimirse en el libro».

Hizo de ellos reparto equitativo,
dando uno por cabeza, y vino en gana
de inquirir un consejo consultivo
la siguiente mañana
lo que hizo cada cual del donativo.

—Yo, el que me diste —contestó el primero,
que en años no ha cumplido la docena—
lo comí, guardé el hueso en la alacena
para sembrar un melocotonero.

—Me parece muy bien; la idea es buena,
digna de todo aplauso —el padre dijo—;
con tal árbol, de fijo
tendremos en la cámara a montones
finos melocotones

que han de mostrar la previsión de un hijo.
¿Y el tuyo, Periquín? —prosiguió el padre.

—El mío —dijo Pedro con orgullo—,
todo me lo comí: después mi madre
me dio medio del suyo.

—Siempre tuviste puntas de goloso
y aunque seas muy niño
das muestras de ser algo codicioso
y de infligir el maternal cariño.

Seguiremos la rueda.

¿Qué hiciste tú, Pascual?

—De madrugada
se lo vendí a un pastor en la alameda:
me entregó en cambio de él una moneda
que ya está en la alcancía bien guardada.

—Me parece Pascual que muy temprano
denotas aficiones de gitano:
y aunque sea el ahorro justo empeño
eres para esas cosas muy pequeño.

Vamos a ver tu hermano.

¿De su melocotón qué hizo Guillermo?

—Cogí la fruta y emprendí el camino
de casa del vecino

a ver a Gonzalillo que está enfermo.

Dio hace muy poco tiempo una caída
y le quedó una pierna muy herida.

Como siempre conmigo

fue cariñoso amigo

quise proporcionarle la alegría

de llevarle mi fruta de regalo.

Mi amiguito aceptarla no quería;

pero a fin de salirme con la mía,

distrayendo a Gonzalo,

dejé el melocotón, me marché afuera

y me vine hasta aquí de una carrera.

Alborozado, el padre, le repuso:

—No he de juzgar tu acción; que yo quisiera

que por todos a una se dijera

quién hizo de la fruta el mejor uso.

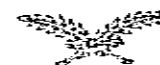
—¡¡¡Guillermo!!! —gritan todos con vehemencia—.

—Verdad; pues dio una prueba de heroísmo

interpretando así del cristianismo

la divina sentencia:

Al prójimo amarás como a ti mismo.



II
EL PAVO Y LAS NUECES



AL pie de un alto nogal
cargado de hermosas nueces,
un pavo se paseaba
con su vanidad de siempre.

Cierta nuez, ya bien madura,
cayó del árbol al césped
y el pavo se apresuró
a sepultarla en su vientre.

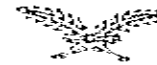
—¡Qué barbaridad! —gritaron
todas las demás pendientes—.
¡Se la ha tragado con cáscara!
¡Bien seguro es que se muere!

—¿Que me muero? —dijo el pavo—:
ya veréis qué gran banquete
voy a darme con vosotras
en cuanto el aire os descuelgue.

Vuestra cáscara pensáis
que de peligro os protege
sin sospechar que mi buche
mejor que una aceña muele.
No estéis,
pues, tan orgullosas;
que en este mundo sucede


que quien muy fuerte se juzga
siempre encuentra otro más fuerte.

Un animal como el pavo,
tan ayuno de caletre,
soltó esta ejemplar sentencia²
para lección de... las nueces.



² En la primera redacción escribe «sabia», que tacha, en vez de «ejemplar».

III
EL CISNE Y EL CERDO

——
GÓNDOLA airosa de sin par blancura
en el estanque el cisne parecía:
cerca, en una alquería
y en su ciénaga impura,
pingüe cerdo pasaba todo el día.
Departiendo en paliques cotidianos
el cisne platicaba atento y fino;
pero en cambio el porcino
charlaban como charlan los marranos.

Cierta vez gruñó el cerdo a su vecino:
—¡Grrrún; qué majo estás y qué elegante!
Con guasa más que fina
dijo el cisne a su vez:

—Si tal opina
mi digno preopinante,
tiene a mano agua pura y cristalina
para ponerse majo en un instante;
pues si el signo de máxima belleza
se cifra en la limpieza,
lo que encuentre de bueno
con vivir revolcándose en el cieno
es cosa que no cabe en mi cabeza.
—Me gusta más que todo
—replicó al cisne con presteza el guarro—
vivir siempre en el lodo.
Mi amigo más de veras es el barro.

—Si ese es vuestro acomodo
—dijo el cisne con pena—
seguid, amigo mío, en vuestros trece,
quedaos en el charcón enhorabuena.
Cada cual tiene aquello que merece
y hay cautivo que adora su cadena.



IV

EL CABALLO DE MONTURA
Y EL CABALLO AZACÁN

A la puerta del cortijo,
bajo el frondoso emparrado
que da sombra protectora
con su bien tupidos pámpanos
a toda la delantera
de la casa, hay dos caballos.
Uno de ellos es la jaca
que monta el hijo del amo,
bien tenida, reluciente,
de tensos y finos cabos,
de capa castaña oscura
y colina a medio maslo,
cabezada con mosquero,
rico albardón jerezano.
El otro vino con agua
desde el cigüeñal cercano,
largas la crin y la cola
llenas de pajas y cardos
y al lomo tosco aparejo
y aguaderas de seis cántaros.
Pronto entre los dos solípedos
se entabla el siguiente diálogo:
—Hola, *Pinto*.

—Hola, *Rehilete*:

¿Cuándo viniste?

—Hace un rato.

Se le antojó al señorito

dar una vuelta y temprano,
antes de hacer ceja el día,
vinimos hacia estos barrios.
—¡Qué buena vida te raspas,
compadrel: ¡vaya regalo...!
—No me quejo: no es maleja...
—¡De rechupete! A mí, en cambio,
desde que amanece el sol³,
ya en invierno, ya en verano,
me tienes yendo y viniendo
al pueblo, al pozo, a los tajos,
sin tener en todo el día
[ni] media hora de descanso⁴;
como si fuera la burra
de la chanca. ¡Esto es un ascol!
—Si tienes buena memoria
recuerda bien, *Pinto* hermano,
que esta vida que ahora llevas
tú mismo te las has buscado.
Cuando estábamos cerreros
cierta tarde vino el amo
a escoger el mejor potro
para el hijo y en el acto,
al ver tu preciosa estampa,
de la piara te apartaron⁵
sin pensar el buen señor
que se iba a llevar un chasco;
pues al momento empezaste
con coces y con bocados
sin permitir que ninguno
se acercara: ¡eras un rayo!
Cuando ya por imposible

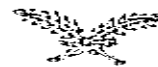
³ En la primera redacción: «desde que el sol amanece».

⁴ Indica en el original la supresión de «ni».

⁵ En la primera redacción: «del rodeo te apartaron».

los yegüeros te dejaron
te pensaste que con eso
ya estaba libre de cacho.
¡Pobre *Pinto!* ¡qué ilusiones
tontamente nos formamos!
Después me tocó a mí el turno,
y, aunque ligero de cascos—,
los de las patas se entiende—,
con voluntos y resabios,
con genio vivo y fogoso,
pronto supe hacerme cargo.
Sufrí el torno, la montura,
la baticola, el bocado,
el filete, la serreta,
el tirón y el espolazo.
Le llaman a esto los hombres
la educación, y es el caso
que a ellos también los educan
con libretes y regaños
y que no es cosa tan fácil
llegar a ser educado.
Y esta es mi vida presente,
compadre *Pinto*; y si antaño
tuve que pasar fatigas
hoy es todo lo contrario:
buenos piensos, lavatorios,
mucho mimo, gran descanso,
paseos por los feriales
luciendo el tipo y llevando
sobre mi grupa una joven
que tiene loco a mi amo.
—¡Ay, *Rebiletel!* —exclamó el *Pinto*.
Mira qué dicho tan sabio
le oí cantar al chiquichanca
ayer camino del tajo:

*Males que acarrea el tiempo
¡quién pudiera penetrarlos
para ponerles remedio
antes que viniera el daño!*



V
EL NIÑO Y LA AVISPA



LAS avispas, volando se esparcían
bajo la luz del sol y parecían
lindas joyuelas de oro;
pedazos de riquísimo tesoro
que un príncipe oriental, en un momento⁶
de prodigo furor, lanzara al viento;
chispas que hizo brotar ciclópea mano
del fabuloso yunque de Vulcano.

Tal avispa se posa⁷,
baldía imitadora de la abeja,
en el dorado cáliz de una rosa,
mientras otra se aleja
buscando una comida sustanciosa;
otras, en fin, por mitigarse el fuego
del sol, buscan sosiego
en la sombrosa orilla de una fuente
donde, tranquilamente
y haciendo un alto en su afanoso juego,
un tierno niño, angelical criatura,
a su caballo de cartón abreva
y hace como que bebe, —aunque no beba,
pues robaría el agua la pintura—.

⁶ «que príncipe», etc., en primera redacción.

⁷ «Una», en vez de Tal, en primera redacción. Evidentemente, Alcalá se preocupa por el excesivo número de veces que figura en el poema.

Una avispa, volando con mal arte
o por fatal descuido,
pasando de una parte a la otra parte
en el agua ha caído.
Por no morir ahogada
se agita la infeliz desesperada;
sus alas moja y las que fueron antes
tan firmes y pujantes,
ahora mismo la tienen apresada.
Ve el niño de la avispa el grave aprieto
y a remediarlo acude;
mas el bicho, sintiéndose sujeto,
furioso aguijonazo le sacude.
—El favor que te hice
¿así lo pagas, bestiecilla fiera?
—Yo soy la Ingratitud, —la avispa dice—,
y no puedo pagar de otra manera.



VI
LOS ZORROS Y LA PALOMA



PARA hacer de las suyas
con toda libertad
gran partida los zorros
hubieron de formar.
Era un raposo viejo
el jefe o mandamás
y había otros mandones
como es lo natural.
Sus robos y sus muertes
no se pueden contar:
pollos, perdices, pavos
y otras especies más,
caían en sus garras
con gran celeridad.

En la copa de un pino
y en el mismo lugar
donde su asiento tiene
la aviesa sociedad,
criaba sus polluelos⁹
la paloma torcaz.

Seguro es que las aves
lo pasarán muy mal
si los zorros pudieran
por el árbol trepar.

⁹ «Criaba a», en primera versión.

Juzgándolo imposible
cortesés siempre están
con ellas y las tratan
con mucha urbanidad.
Son como esos vecinos⁹
de equívoca amistad
que por fas o por nefas
se hacen un buen pasar:
mas la paloma madre,
discreta y perpicaz,
para librarse de ellos
tiene el remedio ya.

Un día, desde el árbol,
gritóles:
—Escuchad,
hermanos muy queridos:
Cerca de este lugar
hay una hermosa dehesa,
y en su extenso corral
habitan descuidados¹⁰
novecientos o más
conejos, gallináceas,
patos y ¡hasta un faisán!
Es cosa bien sencilla
dar un asalto allá;
pues son bajos los muros
y torpe el guardián—.

Gran júbilo a los zorros
produce nueva tal
y en menos que se dice
se aprestan a marchar.

⁹ Este y los tres versos siguientes fueron añadidos a una segunda redacción.

¹⁰ En la primera propuesta, «quinientos».

La noche es del invierno
y hay grande oscuridad.

Llegados a la finca,
del jefe a una señal,
salvan presto las tapias,
pisan el suelo ya,
cuando un fuerte ladrido
seguido de otros más,
deja a los asaltantes
como es de adivinar.

Perros de tres rehalas,
en mucha cantidad
para una montería
reunidos allí están
y ante esta nueva caza,
que no era de esperar,
entáblase una lucha
titánica y tenaz
y arman perros y zorros
un jaleo infernal.
Monteros y criados,
presas de la ansiedad,
con luces y con armas
acuden al corral;
mas llegan a los postres,
porque los perros ya
pudieron con los zorros
sus cuentas liquidar.

La lechuza que estaba
dentro de un mechinal
luego de ver el lance,
voló y de pe a pa

fue a contarlo a su amiga
la paloma torcaz.

Esta dijo:

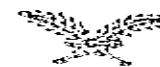
—Ese lazo les tendí...

—¿Tú?

—Sí tal.

—Me extraña que llamándote
símbolo de la paz
hayas premeditado
remedio tan fatal.

—¡Ayl, amiga lechuza:
no fue sólo crueldad,
fue la propia defensa
que me hizo cavilar,
y aunque soy *per naturam*
de hacer daño incapaz,
una paloma sabia
me enseñó este refrán:
*Cuando con zorros andes,
procura zorrear¹¹,
y si ellos son astutos
sélo tú mucho más.*



¹¹ La fábula gana con este verso en todos sus aspectos, más que en la redacción inicial: «no debes zorrear».

VII
EL FIEL GUARDIÁN

EN una breve ensenada
que se forma en la bahía
metiéndose entre las rocas
y ocultándose a la vista,
don Félix todas las tardes
a tomar su baño iba.
¡Qué bien se encontraba a solas
en aquella playa esquiva!
Dando unas pocas brazadas
regresaba hasta la orilla
y sobre la fina arena
blandamente se tendía
bajo los rayos del sol,
gozando de suave brisa.
Transcurrido un poco tiempo
dábase otras zambullidas
haciendo el delfín, el buzo
y el muerto de mentirillas.

Cierta tarde unos pilluelos
que iban cogiendo coquinas
al ver las ropas de Félix
las robaron a su vista.
Daba voces el cuitado
lanzando mil bernardinas,
más los pícaros rateros,
dando gritos de alegría,

como alma que lleva el diablo
huyeron más que de prisa.
Don Félix quedó tan solo
con su traje de bañista
volviéndose cabizbajo.
hacia el pueblo de esta guisa.
Corrió por el vecindario
prontamente la noticia
y entre los veraneantes
hubo vayas y hubo risas.

Un amigo del robado
por consolarlo en su cuita,
por que estuviese tranquilo
en jornadas sucesivas,
le regaló un perro dogo
que sólo el verlo imponía:
los ojos sanguinolentos,
los morros como almohadillas,
las presas de una pulgada,
la actitud de camorrista.
Muy orondo a la otra tarde
Félix cruzó por la villa
llevando de una cadena
a su aterrador vigía,
al cual antes amansara
con mimos y golosinas,
y fuese a darse su baño
en la oculta ensenadilla.
Desnudóse prestamente,
dejó la ropa escondida
y ató al perro de una roca
bien sujeta la trailla.
¡Qué tibieza la del agua!
¡qué hermosural! ¡qué delicia!

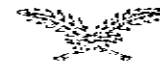
Miraba la mar inmensa
como una balsa tranquila.
Haciendo mil garrambainas
al nadar, iba y venía
contento de que a sus ropas
ni los mosquitos se arriman.

Aparecieron de pronto
los muchachos de la víspera
y al verlos el perro dogo
sobre ellos se precipita
y a no ser por la cadena
de cierto los hace trizas.
Ante tamaña sorpresa
más raudos que golondrinas
huyeron mientras don Félix
gozaba muerto de risa.
Pero al terminar su baño,
después de estarse en la orilla
breves instantes, alegre¹²
a buscar sus ropas iba
para vestirse. Su perro,
que ya lo desconocía,
con un gruñido espantable
levantándose de prisa,
abalanzóse furioso
a castigar la osadía.
Ni halagos, ni carantoñas
ni palabras expresivas
pudieron lograr que el dogo
apaciguara sus iras,
pues cuando se le acercaba
más furioso se ponía.

¹² Inicialmente, «y alegre».

Por fin unos pescadores
pasaron en su barquilla
y ellos lleváronle el cuento
al donante de tal hidra.
Llegó el amigo y don Félix
pudo vestirse en franquía
y regresar, renegando
de su sino, hasta la villa.

Hay muchas enfermedades
que agravan las medicinas.



VIII
EL AVESTRUZ Y EL COLIBRÍ



CON necia sorna el avestruz
dijole un día al colibrí:
—Tu humanidad priva de luz
al que se ponga junto a ti.
—Sois graciosísimo animal—;
el colibrí dijo a su vez—;
pues os burlais con fina sal
de mi extremada pequeñez.

No es culpa mía ser así,
grande y magnánimo Señor,
y haber nacido colibrí
lo considero un deshonor.

¿Qué dicha alcanzo con tener
la despreciable facultad
de volar siempre a mi placer
y en absoluta libertad?

¿Cuál el posarme en una flor
como libélula sutil?
Yo reconozco que es mejor
andar, cual vos, como un reptil.

Y dice el hombre, en su idiotez,
que mi plumaje es, a la luz,
de incomparable brillantez.
¡Mirad si el hombre es avestruz!

Mas... ¿qué os he dicho?; perdonad...:
pensé que hablaba para mí.
Quise decir: ¡Señor, mirad
si será el hombre colibrí...!—

Dando un gran salto, el gigantón
al pequeñín quiso coger
y éste, al huir dijo: —¡Perdón;
que eso, señor, no puede ser...!



IX
«PLEITOS TENGAS...»

LUCHAN los dos muchachos
con furia sin igual;
rodando por el suelo
vueltas y vueltas dan
sin que pueda saberse
cuál es quien vence a cuál.
Al cabo de algún tiempo
pasó el señor don Blas,
conocido abogado
de la localidad,
que tras grandes esfuerzos
los pudo separar
y aprender el motivo
de lucha tan tenaz.
—Es que éste, esa naranja
me la quiere quitar
y yo la vi primero
caída del frutal
y oculta entre las zarzas...
—¿Es esa la verdad?
—Sí, pero ciertamente
quien la pudo atrapar
hiriéndome una mano
las púas del zarzal
fui yo.
—¡La vi primero!
—Muchachos: haya paz.

Yo que soy abogado
la cosa he de juzgar.
Traedme la naranja...
¡Criaturas!: ¡voto a tall!
¡Debe esconder su pulpa
jugo a no poder más
porque es que tiene peso
de bola de billar!
¡Raza californiana
del hispano solar!—

Sacó una navajilla,
sajóle por igual
la cáscara y quitóse la
con arte singular.
—Ya está monda y lironda:
partámosla... ¡Ajajá!
Dos mitades que tienen
sorprendente igualdad.
Yo me llevo esta media
que mi arancel me da
y dos partes iguales
haré la otra mitad
que, en justicia, os reparto
dando una a cada cual.
Benedicid al Altísimo
porque acerté a pasar
cuando ambos pretendíais
tener la propiedad
usando de la fuerza
y ocasionándoos mal.
Ya veis cómo el Derecho,
con tino y equidad,
a este feliz reparto
le dio estado legal—.

Comiéndose su parte
se fue hacia la ciudad
mientras los dos muchachos
veíanlo marchar,
y el más despierto de ellos,
simpático rapaz,
con sonrisa burlona
dijo al otro:

—¡Ole ya!

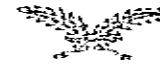
¡Mira que somos vivos...!
Tú pensabas, quizás,
si llegas a poderme,
cómo ibas a gozar
comiendo tu naranja
en quieta y sana paz...
Yo pensaba lo mismo
hasta que el buen don Blas
nos mostró «por las buenas»
cuál es la realidad.

Echemos desde ahora
pelillos a la mar
y huyamos de los pleitos¹³
como de Satanás—.


Los pleitos o las guerras,
que ello lo mismo da,
os brindan la tajada
que quisisteis sacar
capitidisminuida
hasta no poder más,
y eso, si es que en la lucha
no os dejásteis atrás

¹³ Inicialmente, «y huyamos de las guerras».

los dientes y las garras
o algo que importe más.
¡Por siempre y para siempre
sea bendita la Paz!



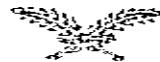
X
EL SALTO DEL BORRICO

——


VIO un pobre burro de cacumen falto
saltar desde lo alto
de enorme roca a un ciervo perseguido
y exclamó jubiloso y convencido:
—¡Yo, también me la salto!—

¿Qué hay a que la ignorancia no se atreva?
Quiso *ipso facto* el burro hacer la prueba
y en su barbarie loca,
saltó desde la roca
y del golpe quedó como una breva.

Molido y quebrantado
pasó un buen tiempo sin probar bocado
temiendo si «las lía o no las lía»,
y el triste se decía:
—Ningún borrico puede ser venado.



XI
EL RATÓN ERMITAÑO

——

EL famoso *Roepanes*
ratón ya viejo,
jefe de los ratones
de una alquería,
que a los otros guiaba
con su consejo,
por reputarlo todos
de gran valía,
sabíase al dedillo
los agujeros
que los ratones tienen¹⁴
como defensa,
las ricas provisiones
de los graneros,
las gratas golosinas
de la depensa.

Roepanes actuando
como caudillo
llevaba a sus cofrades
a la pitanza
y como era tan cauto
y era tan pillo
burlar sabía siempre
toda acechanza.

¹⁴ Originariamente, «que tienen los ratones».

Los amos del cortijo
se propusieron
terminar con el daño
de mil maneras;
mas lograr sus propósitos
no consiguieron
ni venenos, ni gatos,
ni ratoneras.

Decidieron, en vista
de su fracaso,
trasladar a otras partes
las provisiones
procurando con tino
que este traspaso
no estuviera al alcance
de los ratones.

Mas con olfato fino¹³
el buen *Roepmes*,
al ver en contra suya
tanto artilugio
y oliendo la tostada,
trazó sus planes
y pensó prepararse
mejor refugio.

Convocó a sus colegas
con gran premura
y en un lugar recóndito
juntó concejo
dimitiendo ante todos

¹³ En la primera redacción, éste y el verso siguiente, estuvieron redactados:
«Mas el olfato fino
de Roëpanes».

la jefatura
con motivo de hallarse
caduco y viejo.

Surgieron las protestas
en la partida
con el presentimiento
de un grave daño
y él afirmó ser cosa
bien decidida
retirarse del mundo
como ermitaño.

Con tal noticia el cónclave
quedó confuso.
¿Su jefe haciendo vida
de anacoreta?
¿Por su propio designio
verse recluso
sujeto a los rigores
de dura dieta?

Más confusos quedaron
cuando a otro día
se eclipsó *Roepmes*
según predijo.
No hubo quien acertara
dónde estaría
por más que registraron
todo el cortijo.

Tal como lo tenían
los más sensatos
las malaventuras
pronto surgieron;

pues a falta del jefe
trampas y gatos
en la pobre partida
su agosto hicieron.

Nuevamente a la búsqueda
de *Rocpans*,
que no volvió a dar cuenta
de su persona.
Aprovechar pensaron¹⁵
para estos planes
las dotes policíacas
de una ratona,
que tras busca paciente,
sabia y constante,
vino al fin a dar nuevas
del gran suceso.
¡El jefe, en las alturas
de oculto estante,
se hallaba de ermitaño
dentro de un queso!



¹⁵ Este verso y el siguiente estuvieron primeramente redactados:
•y aprovechar pensaron
para sus planes•.



—¿PORQUÉ a mí no vienes?—
decía la adelfa
a una volantona
versátil abeja—.
Tú a las demás flores
diariamente llegas,
suspendes tu vuelo,
te posas en ellas
y amorosamente
su cáliz les besas.
Mis flores, en cambio
ni miras siquiera
como si pegasen
la peste o la lepra.
—No tienes, amiga,
razón en tus quejas.
No beso las flores
aunque así lo creas:
me poso en sus cálices
que me dan su esencia
para que la lleve
hasta mi colmena
donde yo fabrico
con mis compañeras
los dulces panales
de miel y de cera.
No es mía la culpa

si tu flor encierra
dentro de su cáliz
jugo que envenena
y aunque entre las flores
es de las más bellas,
si libo su savia
tengo muerte cierta.
Lección provechosa
nos dan las abejas;
que por algo el Príncipe
de las patrias Letras,
al par que «solicitas»
las llamó «discretas».



XIII
LA BALLENA Y LA SARDINA

LA señora ballena
navegaba magnífica y serena
por los Mares del Norte
semejante a un navío de buen porte.

Buscaba sus diarias golosinas
cuando hallóse un gran banco de sardinas
y ella, en un periquete,
se dio con el gran banco un gran banquete.

Las que quedaron fuera de su boca,
en una fuga loca,
salieron por el mar a espeta perro:
aquellas que sufrieron el encierro¹⁷
dentro del amplio vientre del gigante
vieron llegado al fin su último instante¹⁸.
Pero de pronto sienten movimientos
tan fuertes, tan violentos,
que todas se dislocan
y unas con otras fieramente chocan.

En una sacudida repentina
cierta pobre sardina,
dejando su amplia sala,
por la boca salió como una bala.

¹⁷ En un principio, en singular: «la que sufrió el encierro».

¹⁸ Inicialmente, «creyó llegado...».

Libre en el mar y un poco más serena
contempló a la ballena
por un arpón herida, de tal suerte,
que en vano batallaba con la muerte,
y que a cada violenta sacudida
más sangre derramaba por la herida.

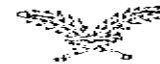
Todo naturalista está conforme
en que este monstruo es sólo pisciforme;
pero nuestra sardina, que es ladina,
por pez lo denomina
diciendo esta sentencia: «A cada pez
le ha de llegar su vez».



XIV
LAS AVELLANAS



SI coges una avellana
y al agitarla no suena,
es señal de que está llena;
mas como suene, está vana.
Lo mismo en la especie humana;
si ves a cualquier muñeco
que en tono pedante y hueco
se ufana de su valer,
ello te hará comprender
que tiene el cerebro seco.





HACE ya bastantes años
 que había en cierto lugar
 sólo un cura que era ecónomo
 de la iglesia parroquial.
 Como ayudantes tenía
 un sochantre-sacristán
 y un monaguillo, que era
 de la piel de Barrabás.
 El cura, hombre ya maduro,
 gran tesoro de bondad,
 prudente, caritativo,
 celoso a carta cabal,
 muy serio, pero gastando
 dentro de su seriedad
 una guasa superfina
 llevada con mucha sal.
 El sacris que era un buen sátrapa
 sabiendo más que Briján,
 dirigía la pequeña
 corporación musical
 tocando él, al mismo tiempo,
 no diremos si «a compás»,
 el cornetín. También era,
 pues le urgía trabajar,
 zapatero de mesilla,
 remendón para aclarar.
 Tenía sus trapicheos

en la iglesia, porque el tal¹⁹
 vendía en ella rosarios
 y novenas y además
 algunas velas de «extranjis»:
 cosa que hizo recordar
 al buen cura, una coplilla
 que aprendió en su mocedad:
 «Sacristán que vende cera
 y no tiene colmenar,
rapaverum, rapaverum
rapaverum del altar».

Llegó hasta el sacris la copla
 y ella, valga la verdad,
 fue motivo suficiente
 para que cesase el mal;
 mas quedaban a otros males
 el rabo por desollar,
 pues el óleo de la lámpara
 que lucía en el altar
 de las ánimas benditas,
 cuyo consumo anual
 lo atendía don Fulgencio
 ricachón de aquel lugar
 y el que alumbraba el Sagrario
 a cargo de doña Paz
 y doña Beatriz, hermanas
 solteras, de buen caudal,
 se gastaba que era un gusto,
 gusto para el sacristán
 que proveía a sus hijos
 siempre, para merendar,

¹⁹ Originariamente, «pues» en vez de «porque».

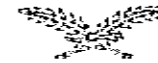
de cantos de pan y aceite,
muy bien empapado el pan.
Como no daba bastante
cada ración anual
para lámparas y chicos
que tragaban por demás,
el bueno del cura párroco
tenía necesidad
de reponer lo restante
de su propio pegujal.

Harto de esteras, un día,
decidido a remediar
lo que era ya un desafuero,
llamó aparte al sacristán
cantándole las cuarenta
con la mayor claridad:
—Las lechuzas son, don Angel:
ese maldito animal
que viene todas las noches
y que cada uno es capaz
de trasegarse un azumbre
sin siquiera resollar.
¿No sabía usted la gracia
de esos bichos?

—¡Claro está!—
dijo el padre —¡Las lechuzas!
Pues te encargo, amigo Juan,
que esta noche hagas la guardia
y cuando las veas entrar
en la Iglesia, de mi parte,
muy en serio les dirás
que bueno es que beban algo
mas no deben abusar.
¿Entendido?

—Sí, don Angel.

—¡pues, ni una palabra más!—
Y esto fue mano de santo,
porque se pudo apreciar
que atendieron las... lechuzas
el ruego del... sacristán.



EL LEÓN, EL MONO Y EL ALACRÁN



A un saltarín y descarado mono
 que, con justo recelo, se encarama
 de un árbol secular en alta rama,
 le habla un bravo león en este tono:
 —Baja aquí, hasta mi lado, buen amigo;
 que atravieso un momento
 de eso que el hombre llama aburrimiento
 y quiero un rato departir contigo.
 Mi realeza magnánima se aviene
 a charlar tú por tú con un vasallo—.
 Dice el mono:
 —Señor, yo no me hallo
 con un rey a mis anchas, ni conviene
 a tu real alteza
 culta, educada y fina
 mi charla oír tan necia, tan cansina;
 pues si llega a dolerte la cabeza
 no habrá para el remedio medicina—.
 Y pone por contera a esta humorada
 burlona carcajada.
 Vuélvese el rey selvático iracundo
 ante broma tan cínica y pesada
 y así dice al burlón:
 —¡Oh, ser inmundo,
 vasallo desleal!; ¿cómo ni cuándo
 has visto tú que nadie de este mundo
 haga chacota de mi voz de mando?

¿Hay animal que mis designios tuerza
 teniendo yo el derecho de la fuerza?
 —Eres un animal de tomo y lomo,
 —le contesta el discípulo de mono—,
 mas, si picas tan alto
 mira si subes hasta aquí de un salto
 y me dices: «¡Macaco; que te como!»—.

Hacen en el león tan honda huella
 las burlas del soviético bergante
 que, en actitud rampante,
 maldice amargamente de su estrella
 por no poder lucir en las costillas
 alas cual los dragones y vestiglos,
 —soñados animales de otros siglos—,
 o al menos cual las tiernas avecillas.
 Si así fuese, ¡ay del zotel;
 las tiras de pellejo, de su garra
 saldrían como cuerdas de guitarra
 y sus miembros hiciéralos jigote.

Las roncas del mondred amostazado
 y las burlas del títere taimado
 que, a las voces airadas,
 responde con sonoras risotadas,
 multitud de animales han juntado,
 y hacen como con aire circunspecto
 al ver que el caso toma mal aspecto.
 Mas, de pronto se acaban las bravatas;
 deja el noble león su actitud fiera
 y emprende velocísima carrera
 con la heráldica cola entre las patas.

¿Qué pasó para el cambio repentino
 del airado felino?

El motivo a ninguno se le alcanza
hasta que al fin el zorro, más ladino,
explica a sus cofrades tal mudanza.
En tono doctoral dice a la grey:
—Ya sabéis, mis queridos compañeros
que nuestro amado rey,
fiero entre los más fieros,
hace a zarpazos respetar su ley.
Pero hay una excepción, y es cosa extraña:
como a todos los seres de su casta,
para sentir gran desazón, le basta
con ver la más cobarde musaraña:
y un alacrán le causa tal disloque,
que hace que se desboque
y huya al momento sin pudor, sin tino,
sin norte y sin camino;
pues ante el miedo no hay ni rey ni roque.
Ved ahí al alacrán; ved cómo avanza
en alto siempre la encorvada lanza.
Él no sabe siquiera
que causa fue de tan veloz carrera,
de tan grave mudanza—.

Cuando termina el zorro su discurso
todos los animales del concurso
discurren, cada cual a su manera,
y vienen a parar en que es seguro
que a quien vive orgulloso y arrogante,
le venga un ser pequeño, un ser oscuro
y arrogancia y orgullo le quebrante.



XVII LOS ZAPATOS ENLODADOS



CON sus amiguitas
Pilar y Rosario
fue una tarde Lola
de paseo al campo.

Lucían ufanas
sus vestidos blancos,
sus medias de seda,
sus lindos zapatos,
sus trenzas airosas,
sus preciosos lazos.

Por amplia calzada
de suelo de asfalto
marchaban contentas
riendo y charlando.

Veloz automóvil
pasó por un lado
y aunque las amigas
prestas se apartaron
una de las ruedas,
al pisar un charco
del riego reciente,
les manchó el calzado.
¡Qué aflicción más honda!
¡qué angustia, Dios santo!

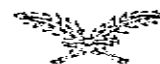
Pilar, en las aguas
de un arroyo claro
que de aquel paraje
se hallaba cercano,
con un pañizuelo
limpió sus zapatos.

En esta faena
la imita Rosario;
pero no Lolita
que, con tonos agrios,
protesta furiosa
de tan triste chasco
y, en vez de remedio
procurar al daño,
sus pies introduce
dentro de otro charco,
diciendo:

—¿Qué importa,
ya que estáis manchados,
que tengáis encima
más o menos barro?
Con el torpe vicio²⁰
sucede otro tanto.
Procuran algunos
primero, evitarlo;
corregirlo, luego,
si entró solapado
sin que lo advirtieran;
pero otros, en cambio,
lo dejan e ignoran,
no haciéndole caso,
que es como la hiedra

²⁰ En un principio: «Siempre con el vicio».

que asiéndose al árbol²¹
la savia le roba.
¡Otros, más taimados²²,
se encuentran a gusto²³
cubiertos de fango!



²¹ Este verso y el siguiente, fueron añadidos con posterioridad.

²² En la primera redacción: «y otros más taimados».

²³ Inicialmente, «a gusto se encuentran».

XVIII
LA PALMERA DEL DESIERTO

EL triste y desolado
desierto de Sahara,
mar de movientes dunas
de arenas calcinadas,
con trabajos penosos²⁴
cruza una caravana.
Los pobres caminantes
grandes tormentos pasan:
la sed abrasadora
re seca sus gargantas²⁵;
los reflejos solares
sus párpados inflaman;
alientan sus pulmones
porque el aire les falta,
y acuden a sus mentes
mil visiones fantásticas:
ya es el corriente río
de refrescantes aguas;
ya es el sombroso bosque
de protectoras ramas,
o bien la fresca brisa
sutil y embalsamada.

Pacientes, los camellos,
lentamente adelantan

²⁴ En un principio: «con penosos trabajos».

²⁵ Originariamente: «los» en vez de «sus».

hundiendo en las arenas
sus poderosas patas.

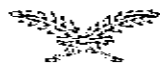
Un viajero da un grito,
que le sale del alma,
porque sus tristes ojos
han visto en lontananza
el floreciente oasis
objeto de sus ansias,
en medio de él —en arcos²⁶
las desmayosas palmas,
cuyas hojas son peines
de buidas espadas—,
altísimas palmeras
airosas y galanas.
Los pobres caminantes
ya que la sed apagan²⁷,
en cómodas posturas
a su sombra descansan,
con miles bendiciones
con miles alabanzas,
y un viajero sapiente
les dice estas palabras.
—Estos benditos árboles²⁸
que a todos nos amparan,
son como el fiel amigo
que de verdad nos ama;
que, si estamos contentos,
nadando en la abundancia,
no turba nuestra dicha

²⁶ Tanto este verso como los tres siguientes suponen una nueva redacción. De la original sólo acierto a ver el primer verso: «y todos los viajeros»; por lo que el sentido del poema sería bien diferente.

²⁷ Este verso y el siguiente fueron añadidos en una segunda redacción.

²⁸ En un principio: «Estos árboles generosos».

porque no es necesaria
su ayuda; más si el caso
llega de la desgracia²⁹,
nos acorre solícito
y enjuga nuestras lágrimas
ya con dulces consejos,
ya con discretas dádivas.
Tal es de la palmera
la imagen acabada³⁰.
¡Palma de los desiertos,
altiva y solitaria:
no estás donde otros muchos,
que estás donde haces falta!



²⁹ Primeramente, «abeja» en lugar de «desgracia».

³⁰ A partir de aquí, la redacción original difiere notablemente:

•No la veréis por sitios
do crezcan otras plantas;
sino por los desiertos,
altiva y solitaria:
no están donde los otros,
que estás donde hace falta».

LOS DOS RECLAMOS DE PERDIZ



DE sus puestos de caza regresaron³¹
don Manuel y don Juan:
el primero venía rozagante³²
hasta no poder más.

Llevaba rodeando su cintura,
igual que el faldellín
de un indio americano, seis o siete
pájaros de perdiz.

Cuando , ya en el cortijo, en el jaulero
su reclamo dejó,
con los dedos le hacía castañuelas
y un beso le tiró.

Volvió don Juan, en cambio, de su puesto
más negro que la pez
maldiciendo su sino, a su reclamo,
maldiciéndose él.

Decía:

—Esta perdiz cuando está en casa
«reclama» sin cesar

³¹ En su primera redacción son distintos los dos versos iniciales:

•Al cortijo, de noche,
de su puesto de caza».

³² Existen una serie de tachaduras. Primero escribe el poeta la propuesta que, luego, adoptará como definitiva; antes se propone: «venía aquél del puesto».

y «ajea» y «da de pie» y «echa piñones»
con primor sin igual;
pero vamos al puesto y al dejarla
oculta en su «farol»,
se calla de tal modo que ni pía³³
ni dice: «Aquí estoy yo».

El reclamo cantor que lo escuchaba
dijo a la otra perdiz:
—Lleva razón tu dueño y es muy justo
que se queje de ti;
pues tú, que entre nosotros tienes fama
porque cantas muy bien,
proporcionar no quieres a tu amo
un sencillo placer.

—¡Sencillo...! Mis razones —dijo el otro—
tengo de no cantar.
Me tienen prisionero en esta jaula
contra mi voluntad,
para que entre unas matas o unas piedras³⁴
se divierta un señor
mientras llamo a la muerte a mis hermanas
haciéndoles traición.

Si gusta mi cantar, que se me escuche³⁵
donde no pueda haber
perdices que a él acudan engañadas
a que muerte les den.
Y si de esta manera no le place³⁶,
que mi señor don Juan

³³ Inicialmente: «se calla de manera que ni pía».

³⁴ El poeta se propuso dos versiones diferentes que tachó y no resultan legibles.

³⁵ En un principio: «Si no gusta mi canto, que me escucha».

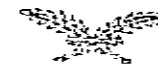
³⁶ Inicialmente, «gusta» en vez de «place».

mande que un estofado hagan conmigo³⁷
o me dé libertad.

Escuchábalo el otro estupefacto
y al fin dijo:

—¡Pardiez!

Me convenciste en todo, camarada.
Ya, jamás cantaré.



³⁷ En primera redacción: «mande que hagan conmigo un estofado».

EL BÚCARO DE LA RAMBLA
Y EL PORRÓN DE ANDÚJAR



UN búcaro y un porrón,
sinónimos de botijo,
no recuerdo en qué ocasión
ni sé dónde a puesto fijo,
trabaron conversación.

Y aunque violenta después
la conversación, primero
fue pulida y fue cortés
entre el tal porrón jaenero
y el búcaro cordobés.

Hablaron los dos sin tino
refiriendo sus pesares
y renegando del sino
que es siempre sudar a mares
para cumplir su destino.

Y esto trajo la ruptura
con un conflicto enojoso;
porque cada cual procura
defender que es más poroso
y brinda mayor frescura.

Rotas del todo las paces,
el tratar de sus colores
los puso tan contumaces

que fue la cosa a mayores
con los dichos más procaces.

Lanzó el jaenés este insulto:
—Tu piel roja es de cangrejo—.
Y el otro dijo: —¡Qué estulto!
Tú eres un tísico viejo,
un cadáver insepulto—.

Después salió a colación
el mote de cada cual.
—Tu nombre es de farolón:
¡Don Búcaro! —Y de animal
el tuyo: ¡Porrón, pon, pon!

Con dicterios más violentos
uno grita, otro vocea
y al fin, faltos de argumentos
se lanzaron a la pelea
de ruín venganza sedientos.

Los dos cumplieron muy bien
sus deseos de venganza;
pues al darse a tutiplén
uno a otro, panza con panza,
se dividieron por cien.

Cayó el agua por los suelos:
los otros, hechos pedazos
en diminutos tejuelos
por obra de los panzazos,
dieron fin a sus recelos.

Y allá va la moraleja:
Cuando quieras contender
calma tus iras y ceja;
no vaya la lucha a ser
a costa de tu pelleja.

XXI

EL BANQUETE DE LA ARAÑA



QUEDÓ una mosca al volar
presa en una telaraña
y al verse falta de maña
para poder escapar,
dijo llorando a la araña:

—Mala acción, según sospecho,
conmigo quieres hacer;
pero quisiera saber
qué ventaja o qué provecho
con ello puedes tener.

—¿Piensas tú que esta añagaza
la tiendo así porque sí?
No, hija mía, la tendí
para atrapar bien la caza
y esta vez te tocó a ti.

—¿Y qué harás?

—Clara es la cosa.

—¿Comerme?

—En un periquete
darme contigo un banquete;
pues tu carne es muy sabrosa
y estarás de rechupete.

—Mi cuerpo es corta pitanza
para tu manutención.

—Con muy poca reflexión
comprenderás que mi panza
no ha de engullir un lechón.



XXII

DOS SUSTOS
(De Theophile Gautier)



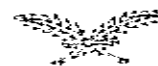
¡QUE susto llevó el loro! Por la puerta
de la espaciosa y elegante sala,
que Paula la doncella dejó abierta,
se entró como una bala
Marramamian, gatazo forastero,
por su valor, odiado de las ratas,
por su espíritu audaz y aventurero
coquito de las gatas.

Cuando el loro, en su percha encaramado,
vio esta irrupción gatuna,
temblando horrorizado
por no encontrar allí persona alguna
que evitara cualquier desaguisado,
levantó la cabeza
y el plumaje erizando, alzó una garra
que abría y que cerraba con presteza
como si rasguease una guitarra.

Mientras, el gato, en medio de la pieza
y en actitud bizarra,
después de contemplar tanta riqueza,
vio aquel ave de plumas tan lucientes
viniéndole a las mientes
que debería ser bocado rico:
y aprestando las uñas y los dientes,
lamiéndose el hocico,

ya de templanza y de paciencia frito,
de un magnífico salto
se encaramó en la percha del parlante
que gritó en el instante,
no obstante el consiguiente sobresalto:
«¡Papa al loro, María!».
¿Cómo esperar podía
Marramamian tamaño desatino?
«¡Esto es una persona!» se decía.
«¿Un pájaro hablando?» y el felino
descolgóse sin tino
de lo alto y saliendo de estampía,
de un cercano desván tomó el camino
y allá estuvo escondido todo el día
con pánico supino.

Contra lo que el adagio certifica³³,
la ignorancia es miedosa;
pues el sapiente todo se lo explica
y no suele asustarle cualquier cosa.



³³ La redacción de esta estrofa final difiere notablemente en su primera versión:

«Digno es de que se escriba
este mérito insigne del lenguaje,
que ante el ímpetu loco de un salvaje
puede ser hasta un arma definitiva».

EL BANQUETE DE GALÁPAGO



DON Blas el catedrático,
 persona de gran pro,
 a tres de sus discípulos
 un día convidó;
 y a la cordial bucólica
 juntáronse con él
 Juan Lora, Félix Ubeda
 e Hipólito Daimiel.

Impulso tan insólito
 merece estimación;
 pues es de grande estímulo
 premiar la aplicación.

Don Blas es un gastrónomo
 que sabe cohonestar,
 haciéndolos simpáticos
 los goces del yantar;
 pero es un tanto exótico
 y agrádale comer
 manjares que es rarísimo
 que gusten por doquier.
 El día de tal ágape
 ordena preparar
 tres platos de galápago
 como único manjar.
 El uno en salta tártara,

esotro a la Manon
 y el tercero en albóndigas
 de huevo y champiñón.

La consecuencia lógica
 se puede colegir:
 Félix los gestos cómicos
 no puede reprimir:
 el rostro de Juan cúbrese
 de intensa palidez;
 no come ni ayudándolo
 con vino de Jerez:
 Hipólito, más tímido,
 por mera educación,
 como el que toma píldoras
 engulle su ración.

De lo que ocurre, rápido
 percátase don Blas
 y observa a sus discípulos
 que ya no pueden más.
 La causa del fenómeno
 pregúntales cuál es
 y Juan, que es el más sátrapa,
 contesta por los tres.

—Afirman que el galápago
 resulta superior;
 mas yo un ajilimojili
 lo tengo por mejor.

—¿Mejor, si esto es magnífico?
 Tú me dirás porqué.
 —Señor: tiene su intríngulis
 que yo le explicaré.

Si haciendo el caso público
le preguntais a mil
todos vereis que, *insólidum*,
desdeñan tal reptil.
Como disculpa explícita
de nuestro proceder,
con un símil simbólico
yo os quiero convencer.
Mirad el caso típico
del falso santurrón
que no pierde las vísperas
ni el triduo ni el sermón:
que golpes se da *in pectore*
si miran los demás
y tiene en cambio el ánima
vendida a Satanás:
que pone el paño al púlpito,
pregona humilde el bien
y en cambio al pobre prójimo
le presta al cien por cien.
Y piensa el necio hipócrita
que a Dios puede engañar
haciéndose el levítico
delante de un altar.
¿No es ése un gran galápago
diabólico y cruel
con la envoltura nítida
y el corazón de hiel?

Aquí, el guisote es óptimo,
la salsa es ideal;
mas pugna con mi estómago
la parte principal.


Don Blas prorrumpe: —¡Cáscaras!
me convenciste al fin:
hice un papel ridículo
al daros tal festín³⁹.

Quise, con falsa lógica,
mis gustos imponer
y el gusto es cosa típica
que nace con el ser.
Para desquite antípoda
de aquesta refacción,
van a servirnos súbito
perdiz, trucha y jamón.



³⁹ El autor suprime dos versos siguientes que resultan imposible de leer.

XXIV
LA URRACA CRITICONA

——

¡DIOS mío, qué indignada
mostrábase la urraca mientras tanto
que en oculto rincón de la enramada
trenzaba el ruiseñor su dulce canto!
—¿Es posible aguantar —ella decía—,
que este necio se pase noche y día
llenándonos de arpegios y de trinos;
y es posible que el hombre
de esos cantos se asombre,
los ensalce y los llame peregrinos?
¡Lástima no le echasen mientras canta
un lazo corredizo a la garganta...!—.

Oyóla el mirlo, pájaro de seso,
que es cantor exquisito
y por tanto en tal arte gran perito,
y así dijo a la urraca:
—¿Cómo es eso,
vieja chillona y necia?:
¿tan inefable canto
tu loca insensatez así desprecia?
Quiero hacerte saber que yo, que canto
no mal, según es fama,
esos trinos oyendo
largas horas me paso en una rama
por ver si los aprendo.
¿Tú, qué entiendes de cantos?; ¿tú qué sabes

sino andar con gusanos y carnaza⁴³,
ludibrio de las aves,
fatídica picaza?...
Ha de reunir el crítico gran ciencia,
bondad e inteligencia:
criticón como tú, no necesita
más que una lengua osada y expedita—.
Oh, locuaz casquivano
que hablas de lo divino y de lo humano
sin saber, zafio y zote,
leer palabra ni escribir palote:
presta atención, si sabes digerirlo,
a este sermón del mirlo.



⁴³ Esta fábula fue publicada el 20-XII-1929. El verso original cerraba la interrogación, y siguiendo otros cuatro: el primero modificado y los otros tres suprimidos:

«Ludibrio de las aves,
y es posible que en nada menoscabes
una fama tan justa? Aunque le claves
tu aguijón, su firmeza te rechaza».

EL BONZO RICO Y EL BONZO POBRE



SABEIS que los bonzos chinos son budistas sacerdotes y que, si bien sus doctrinas están plagadas de errores, ellos cumplirlas procuran según son sus convicciones.

Cierta vez hubo dos bonzos que eran Ka-Thi-The y Fan-Tho-Che, Ka, con enormes riquezas y Fan, el pobre, archipobre. Ka-Thi-The era vanidoso, dado a las ostentaciones y su principal manía fue reunir en ricos cofres miles de piedras preciosas de los más varios colores. Fan-Tho-Che, que era un estoico sapiente y bueno, aunque pobre, de penitencias y ayunos tenía sus colecciones.

El presumido Ka-Thi-The, tan sólo por darse porte, para que viese sus gemas convidó un día a Fan-Tho-Che. Varias horas invirtieron

en admiración acordes de las gruesas esmeraldas, de los rubíes enormes, de amatistas como nueces, de brillantes como soles... Cuando hubieron terminado dijo al poderoso el pobre: —Gracias te doy buen amigo por los supremos honores que me brindas al mostrarme tus valiosas colecciones. Para ti su único dueño⁴¹, contemplarlas es tu goce; mas el mío es triplicado sin temor a los ladrones y porque no gasté en ellas ni una moneda de cobre. Con que, quédate con Buda y él te dé bienes mayores.

Al bajar el pobre bonzo los marmóreos escalones quedó pensando Ka-Thi-The que lleva razón Fan-Tho-Che.



⁴¹ El autor corrige este verso y los dos siguientes, a la vez que suprime otros dos, anteriores a estos últimos, por lo que la redacción original fue la siguiente:

«Tú, que eres su único dueño,
a menos que las pignores,
sólo gozas con mirarlas;
yo también tengo ese goce
triplicado, porque vivo».

POR ESO SE VENDE LA VACA; PORQUE AL UNO
LE GUSTA LA PIERNA Y AL OTRO LA FALDA



ES un caso curioso en extremo
el caso de Justa y Fuensanta;
hermanas de padre y de madre
nadie acertaría que fuesen hermanas.
Justa, que es esbelta,
de correcta cara,
en su trato resulta orgullosa,
desabrida, zafia.
En cambio su hermana, que es fea,
chica y desmedrada
por su gran talento, por su simpatía
atrae y encanta.
Bien pronto las dos encontraron
su media naranja.
Con un joven, que aprecia lo bueno
casóse Fuensanta
y Justa con otro que sólo apetece
la belleza plástica.

Ya lo dice el refrán castellano:
«Por eso se vende la vaca...»

Mientras Carlos, muchacho despierto,
mostró ya en las aulas
su férvido y firme entusiasmo
por las artes clásicas,
Millán, que también es muy listo,

las horas se pasa
cultivando tenaz y afanoso
las ciencias exactas.
Ante una pintura de Goya o Velázquez,
escuchando un cuarteto *di cámara*,
viendo una escultura de Lisipo o Fidias
Carlos, se entusiasma.
Millán, resolviendo difícil problema
o abstrusa ecuación algebraica;
con números primos, arcos, romboedros
y raíces cuadradas.
Los dos son muy buenos amigos,
se quieren de veras, no riñen por nada;
y aquí del refrán castellano:
Por eso se vende la vaca...

En luna de miel inextinta
se encuentran Tomás y Mariana:
matrimonio mejor avenido
no lo hay en la aldea ni acaso en España.
Es élla sencilla y honesta;
piadosa y mujer de su casa;
poco amiga de modas ni afeites
que no necesita para ser muy guapa.
Es él un gentil botarate
que persigue la suma elegancia
con trajes de corte correcto,
lustrosos zapatos, pimpantes corbatas,
flamantes sombreros...
Dernier cri, como dicen en Francia.
Tomás pavonea por toda la aldea
luciendo sus galas;
su mujer, que de veras lo quiere,
de tener tal marido se ufana.

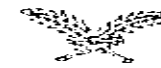
Ya el refrán lo dice:
Por eso se vende la vaca...

Luis y Lucas, hermanos gemelos,
parecen dos gotas de agua,
porque tienen igual estatura
e idéntica cara;
pero en aficiones son polos opuestos,
la noche y el día, la omega y el alfa.
El carácter de Luis es alegre
como unas sonajas:
no pierde corrida de toros,
función de teatro, sarao ni zambra.
Lucas, melancólico, tan sólo va a misas,
novenas, sermones o pláticas,
y leyendo las obras ascéticas
recrea su alma,
Luis se casa pronto
con una muy linda muchacha.
Lucas quiere hacerse
fraile de la Trapa.
El refrán nos lo dice bien claro:
Por eso se vende la vaca...

*Polifónica orquesta es el mundo
con gran repertorio de piezas variadas:
la componen sin fin de instrumentos
de diversa laya.*

*Este, gusta de bombo y platillos;
aquél, de melífica flauta;
quidam, toca el violón sin descanso;
esotro, el requinto de las notas altas;
tales, quieren llevar la batuta
sin tener ni noción del pentagrama.*

*¡Orquesta del mundo mundillo,
gran ferial de pasiones humanas...!
Mientras muchos meditan o sufren
muchísimos ríen y danzan:
los unos repelen
lo que a otros agrada.
Y en este concierto de tal desconcierto
para todos los gustos hay plaza.
¡Qué atinado el refrán que así dice:
*Por eso se vende la vaca;
porque al uno le gusta la pierna
y al otro la falda!**



XXVII
LA RISUEÑA, MELLADA



PORQUE a la risueña Elisa
un diente se le cayó,
desde tal punto dejó
de brindarnos su sonrisa:
que a eso puede conducir
la presunción de una bella;
que por no mostrar su mella⁴²
deja hasta de sonreír.



⁴² En su redacción originaria: «por no mostrar una mella».

XXVIII
CARIÑO HIPÓCRITA



PORQUE tuvo cierto lío
en Dos Hermanas, a Ariza
le dieron una paliza
de padre y muy señor mío.

Ya supondréis que salió
como rata por tirante
y que un gran odio, al instante,
hacia el pueblo le nació.

Tiene Ariza dos cuñadas,
hermanas de su mujer,
a las que no puede ver
ni a lo vivo ni pintadas.

Casquivanas, caprichosas;
en el trato social, tiesas;
en su cuido, muy espesas,
feas, aviesas, chismosas...

Y ellas andan muy ufanas
porque dice el trapacero:
—Yo, a mis cuñadas, las quiero
lo mismo que a Dos Hermanas.

A veces, si bien se mira,
pasa en cuestiones de amor
que «en este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira».

XXIX

EL ALMENDRO Y EL OLMO



LA infantil patulea
salía por las tardes de la aldea
dirigiendo sus pasos hacia el río
con grande y estruendoso vocerío,
y una vez todo el grupo en la ribera,
jugaba cada cual a su manera,
haciendo esas diabluras
que son propias de todas las criaturas.

El uno, en un remanso se bañaba;
aquél, grillos cazaba;
cogía esotro abandonados nidos,
y eran otros partida de bandidos.

En la vega, del soto algo alejados,
dos árboles aislados
levantábanse; un olmo de gran copa
y un dulce almendro de tupida ropa.
No obstante ser en mucho desiguales⁴³,
eran ambos amigos fraternales⁴⁴.

Tanto en su estancia allí como al regreso
los muchachos, sin brújula ni seso,
por derribar almendras sazonadas,

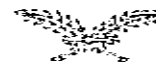
⁴³ El verso estaba faltar, cuando se publicó, de la preposición. Sin lugar a dudas, errata de imprenta.

⁴⁴ En el texto publicado: «ambos eran...».

al almendro tirábanle pedradas
destrozándole ramas y corteza.

Ya solos, dijo el árbol con tristeza
cierta vez a su noble compañero:
—Preguntarte yo quiero,
sin herir la amistad; ¿por qué motivo
las pedradas recibo
y a ti, amigo, que creces a mi lado
ni una sola te han dado?
Contestó el olmo:
—Con razón te enojas;
pero mis ramas sólo tienen hojas,
mientras tú la codicia les reclamas
porque tienes almendras en tus ramas.
Repara que esos brutos
no te tiran a ti, sino a tus frutos.

*En el mundo es la envidia torpe engendro
que, en quien logra subir, sus dientes ceba,
y al hombre que en su mente frutos lleva
piedras le tirarán, como al almendro.*



EL MIEDO GUARDA LA VIÑA

PENSANDO guardar Don Diego
su gran plantación de vid,
con su ingenioso ardid,
contrató un cojo y un ciego⁴⁵.

Don Diego, gran humorista,
muy caritativo era
y del uno la cojera,
de éste la falta de vista,
moviéronlo a compasión
dictándole la ocurrencia
de socorrer la indigencia
dándoles ocupación.

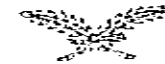
Al efecto, al otro día
para la viña salieron
y ya en ella decidieron
lo que cada cual haría.

Del candelero en la cima,
el ciego se acomodó
y el cojo abajo quedó
dispuesto a la pantomima.

—¡Bien te veol; ¡bien te veol—,
era el firme sonsonete

del ciego, que oye por siete,
fiel cumplidor de su empleo
gritaba el cojo después:
—¡Bueno: déjalos venir,
que por pies no se han de ir!
¡Avísame si los ves!—

Nadie en el pueblo sabía
la humorada de Don Diego
y la gente, desde luego,
como inocente creía
que eran guardas sin engaños
los que en la viña velaban,
temerosos se privaban
de pisar los aledaños.
Y ora temiendo una riña,
tal palo, cualquier pedrada
quedó por cosa probada
que *el miedo guarda la viña.*



⁴⁵ Inicialmente, «contrató a un...».

LA SUERTE DE LA GALLINA



TRAS de hacer señalada sarracina
 en un bien abastado gallinero
 llegóse a la otra noche el lobo artero
 por la última gallina
 soñando otro banquete succulento.
 No consiguió su intento
 porque un cepo hábilmente preparado
 lo dejó aprisionado,
 y el amo que acechaba, en un momento,
 yendo con su escopeta
 donde el lobo agitábase y gañía,
 lo mandó de un disparo con Pateta⁴⁶.

Grandes demostraciones de alegría
 hubo en el personal de la alquería.
 La dicha fue completa
 cuando vieron ser cierto
 que el sanguinario lobo estaba muerto,
 y el ave que quedó superviviente
 vió desde su cobijo el cielo abierto.
 ¡Libre ya estaba del lobuno diente!

Pero al día siguiente,
 por celebrar hazaña tan famosa
 digna de alta memoria

⁴⁶ En su primera redacción fue verso de siete sílabas: «Lo mandó con Pateta».

los dueños no pensaron otra cosa
 que guisar la gallina en pepitoria.

La cuitada gallina
 pensaba al conducirla a la cocina:
 «¡Pues, señor; mala suerte:
 cumplo el fatal destino de mi raza:
 me libro de mortífera amenaza
 y mi amo me lo paga con la muerte!»



XXXII
LAS AVUTARDAS Y LA YEGUA

—•••••—

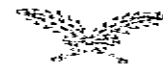
POR una amplia llanura
cercana a la Marisma
y en famoso cortijo
del sur de Andalucía,
cual manada de pavos,
ya dispersas, ya unidas
en respetable número
las avutardas iban
buscando, como es lógico,
su diaria comida.
Vigilante, una de ellas
el campo descubría
por si alguien se acercara
que pudiere batirlas.
Sólo de almas vivientes
en toda la campiña,
los gañanes que araban
allá, en la lejanía
y al ras del horizonte
centauro garrochista,
terciaba la garrocha
corriendo a media brida.
No lejos de las aves,
tintineando su esquila,
entre las altas hierbas
una yegua pacía.



Cuando las avutardas
se hallaban más tranquilas,
un hombre que, encorvado,
su marcha protegía
tras la yegua, de pronto,
mostrándose a la vista,
con su par de disparos
privó a dos de la vida.

Huyeron las restantes
oliendo a chamusquina
y cuando ya, alejadas
de la sangrienta liza
reposaron su vuelo
sobre elevada cima,
la avutarda más vieja
a las demás decía:
—Por mucha vigilancia
que tengamos, amigas,
nunca es la suficiente,
mucho más es precisa.
Nos acechan mil males,
mil torpes lacerías.
Si vienen descubiertas
fácil es prevenirlas;
mas si llegan ocultas
la cosa es bien distinta.

De una yegua fiadas
cuidábamos tranquilas
sin sospechar tras de ella
la traidora perfidia.



EL MURCIÉLAGO, EL PÁJARO Y EL RATÓN



POR juzgar como asilo bien seguro
la amplia quiebra de un muro
cierto pájaro, en quiebras entendido,
quiso allí hacer su nido.
Más al poner en práctica su empresa
llevó una gran sorpresa;
que en la cueva y del techo bien colgado
un murciélago estaba aposentado.

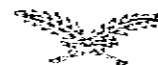
Dijo el murino al ave: —Oye un momento:
¿quieres participar de mi aposento?
te ofrezco mi morada
para que en ella empolles la camada.
Hermanos somos; pues los dos volamos;
justo es que en paz vivamos.

Con sorna dijo el pájaro:— ¿Se sabe
si eres por fin ratón o si eres ave?
—Soy ave; pues que vuelo.
—Sí, pero vuelas siempre a ras del suelo,
y como no haces nido, es consiguiente
que no puedas llamarte mi pariente.

Un ratón, que en el muro había calado
por el opuesto lado
de modo que en la quiebra el agujero
daba acceso a un granero,

llegóse por tal túnel a la gruta
y al oír la disputa
le dijo al morciguillo: —¿No decías
que mi amistad querías
porque somos hermanos, buena pieza?
Dínos ya con franqueza
que pretendes jugar con dos barajas
en busca de ventajas.
Nada has de conseguir, porque es sabido
que eres un animal indefinido⁴⁷.
Con tu figura extraña
entre ave y musaraña,
bien estás en el medio en que te lucas:
ni a la luz ni en lo oscuro, entre dos luces.

Hombres como el murciélago del cuento,
no diez, veinte ni ciento;
sino más bien que a miles a millones,
se ven que no son aves ni ratones.



⁴⁷ Inicialmente: «de todos un animal indefinido». Sin lugar a dudas, es un error de copia.

XXXIV
LOS MONJINOS

LOS pícaros monjinos
revuelan en tropel;
que siempre anda en cuadrilla
tan alevosa grey.

¡Chirris!, chilla de pronto
el que primero ve
botín que a todos ellos
los harte de comer;
¡chirris! ¡chirris!, contestan
con júbilo otros cien
que acuden presurosos
al llamamiento aquél.

Es un majuelo ahora
al que tocó la vez.
Aquí lucen las cepas
del rico moscatel,
allá de la quebranta,
de albillo, de Jaén,
Pedro Ximénez, tinta,
perruna o torrontés,
mostrando sus racimos
en plena madurez,
más bellos que de perlas,
más dulces que de miel.

Ya vienen los monjinos
dispuestos a comer
con gula que les dicta
malsana insensatez.
Mas, ¡ay!, que el majolero,
que es duro de roer
y tiene para todo
más patas que un ciempiés,
entre las hojas puso
pedazos de una red;
en más de mil varetas
liria con rubia pez,
y diestros cazadores
ocultos por doquier.

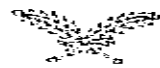
Al punto en que la banda
cayó sobre el plantel,
horrisono disparo
produjo el gran belén.
Monjino que las mallas
no logran retener
las alas le empegunta
la fuerte liga: el que
libróse de ambas cosas,
a tiros muerto es.
Chirridos pavorosos,
disparos a granel,
y voces de chiquillos
que, en número de diez,
rematan a los presos...
¡Dios santo! ¡qué burdel!

No todos los monjinos
murieron: cinco o seis
en un espeso bosque

pudiéronse acoger;
y el más sesudo de ellos
en años y en doblez
les dijo así a los otros:
—Hermanos, aprended
a donde las pasiones
nos pueden impeler.
Nosotros, por la gula,
no conocemos ley
y ciegos siempre vamos
donde haya de comer.
Mirad con qué castigo,
mirad con qué revés
pagaron nuestros socios
tan grande insensatez.—

¿Pudieron los monjinos
sus ímpetus vencer?
No; que a engullir acuden
a trueque de la piel.

¿No muestran muchos hombres
el más necio desdén
hacia los que sus vicios
les suelen reprender?



XXXV
LA SANGRE AZUL



EL rubio Miauzapín, gato casero⁴¹,
queriendo hacerse audaz aventurero,
marchóse cierto día,
sin armas, sin bagajes, ni dinero,
del hermoso palacio en que vivía.

Palacio del cadí Ben Cide Hamete,
moro de alto copete,
de la más fina raza,
que moraba... no sé si en Tafílete,
si en Mequimez, si en Mazagán, si en Taza.

El valiente minino
salió de la ciudad en plan de expreso;
más no quiso seguir ningún camino:
rectamente marchó a campo travieso
hasta un bosque vecino.

Vió en medio de unas matas muy pobladas
unos ojos brillar con luz fulgente
y aunque él era un valiente,
no pudo remediar que sus quijadas
dieran diente con diente.
Dejar el campo quiso,
pero hacerlo no pudo,
porque un león lustroso y melonado

⁴¹ El nombre primero del gato, que suprimiré, fue «Marramiaus».

plantóse de improviso
ante el buen Miauzapín de asombro mudo⁴⁹.

—¿Quién eres?— preguntóle con su ronca
voz de bajo profundo:
y entre serio y jocundo
dijo el gato temiéndose una bronca:
—Soy un explorador que va a ver mundo.—
El león, que es festivo y humorista
en muchas ocasiones,
le dice a Miauzapín: —Salta a la vista⁵⁰
que eres explorador naturalista
gran cazanchín de ratas y ratones.—

Al ver su vanidad tan por los suelos
el gato, aun con recelos,
trepando a un árbol contestó dolido⁵¹:
—Hable el señor león como es debido.
Tenga presente la temida fiera
que no soy un cualquiera;
sino de su familia, de la espuma⁵²:
felino como el tigre, la pantera,
el leopardo, la onza, el lince, el puma.—

El león, sonriente, le dijo:
—Ya sé que eres mi pariente.
Tienes sangre real, pues yo soy rey;
pero hay en nuestra grey
quien su sangre desmiente:

⁴⁹ *Ibidem.*

⁵⁰ *Ibidem.*

⁵¹ Este verso sustituye a otros dos:
«sintiéndose ofendido,
contesta en oratoria de altos vuelos».

⁵² Inicialmente: «sino de la familia...».

que entre esos animales que has nombrado
como de la familia
hay quien es tan voraz, traidor, osado⁵³
y cruel, que no concilia⁵⁴
sus torpes hechos con su noble estado⁵⁵.
Ese tal, ante el hombre
deshonra nuestra prez y nuestro nombre.
Tú, el más feliz de la felina casta,
déjate de aventuras y quimeras,
vete a donde vivieras,
que con cazar ratones ya te basta
sin dejar nunca ver tus mañas fieras.
El ser noble o plebeyo no es innato:
serás noble si fama de ello cobras
por bueno, por leal y por sensato;
pues ten presente, mi querido gato,
que cada cual es hijo de sus obras.

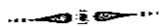


⁵³ En la primera redacción: «... y osado».

⁵⁴ Originalmente: «que ajustar no concilia».

⁵⁵ Inicialmente, «los» en vez de «sus».

XXXVI
LOS DOS BURROS

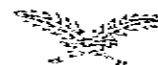


EL burro de una tahona
dijo a un burro de alquiler:
—Bien quisiera yo tener
siempre encima tu corona.
—Lo que tu seso ambiciona,
dijo el otro—, es desatino.
¿Quiéres tú seguir mi sino
que no me deja parar?
—Mas, ¿y el mío que es andar
sin adelantar camino?

Voy con los ojos vendados
con un círculo por vía.
—Para más desdicha mía
yo los llevo destapados;
pero, al fin, nuestros cuidados
conducen a un mismo afán:
mi amo es un pelafustán
que el pan se gana conmigo
y tú, moliendo ese trigo,
a tu dueño das el pan.

Que ¿cuál es la moraleja
de esta fútil fabulilla?
No hay otra ni más sencilla
ni más clara, ni más vieja.
Cuando un borrico se queja

de su desdichada suerte,
en su cortedad no advierte
que de una u otra manera
pasará la vida entera
trabajando hasta su muerte.



XXXVII
¡A LOS PIES Y AL SOTO!

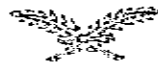


LA liebre, al ver al galgo, partió rauda
con loco frenesí
y entrándose en el soto, entre unas peñas,
pudo el bulto escurrir.

Un imbécil mochuelo que allí estaba
y el caso presenció,
sin alcanzar la causa de la fuga,
dijole al corredor:
—No comprendo esa prisa, amiga liebre.
¿Por qué corres?
¿Por qué...?
No tengo otro pellejo de recambio
y éste me cae muy bien...⁵⁶

Hijaela

Dijo la liebre al galgo:
—¡Mis pies y al soto;
que no puedo este traje⁵⁷
cambiar por otro!



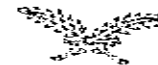
⁵⁶ En un principio, Alcalá concibió esta redondilla como una fábula independiente a la que tituló «El galgo y la liebre».

⁵⁷ Inicialmente: «que no quiero mi traje».

XXXVIII
LA OSTRA



LA ostra, que tiene fama de aburrida
—juzgo que lo aburrido pinta en necio—,
pensaba en su guarida:
«No sé por qué tendrán en tanto aprecio
mi perla los mortales.
¿Ignoran que es producto de mis males,
que es una enfermedad, una excrecencia?
¡Descubrimientos tales
honran la humana ciencia...!
De ese modo, la misma razón hallo
para que juzguen rica perla el callo».



XXXIX

LA CIENCIA Y LA ASTUCIA



LA zorra por las noches, cautamente,
se entraba en el corral
atrapando una presa semoviente
de la especie animal.

Como madama zorra es muy ladina,
se atiene a su ración:
tan sólo un pavipollo, una gallina,
un polluelo, un pichón.

La gente del cortijo se decía:
«¿Qué bichucho será
quien con tan descarada alevosía
nos roba la de acá?
¿Es el gato montés, la comadreja,
la jineta, el turón⁵³,
la... —¡lagarto!, ¡lagarto!...—, la vulpeja,
la garduña, el tejón?»

Por el rastro, que es siempre fiel espejo,
descubrieron al fin
que o era vulpeja o un vulpejo
el caco malandrín.

Mil artilugios con juiciosa maña
le hubieron de poner;

⁵³ En su redacción originaria: «la garduña, el turón».

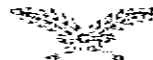
pero la zorra dióles la castaña
sin dejarse coger.

Siempre que la noctívaga veía
un trasto por allí
«¡Guarda, Pablo!; —con sorna se decía—;
porque ésto es para tí!»

Se hallaba el manigero turulato
sin acertar qué hacer
y a un vecino muy cuerdo, muy sensato
pidió su parecer.

Rascándose el vecino la cabeza
buen rato caviló:
—Las trampas a esa astuta buena pieza
no sirven, pienso yo.

Para la zorra es eso una minucia
y no la cogerás:
si tú tienes la ciencia, ella la astucia
que vale mucho más.

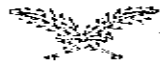


XL
EL ESPEJO Y EL BRILLANTE



D IJO al brillante el espejo:
—Nunca has de poder lograr
en tus caras reflejar
todo lo que yo reflejo.

—Ciertamente no te igualo—;
—dijo herida en su amor propio
la piedra—; porque no copio
cual tú, lo bueno y lo malo;
pues es la luz solamente
lo que mis prismas reflejan
y sus cristales la espejan
más pura y resplandeciente.



XLI
EL BURRO CANTOR



P ARÓSE en su ruta un borrico
percibiendo el son
de rústica flauta tañida
por hábil pastor
y el canto de bella zagala
de mágica voz.
Gustóle el concierto y al punto
gozoso pensó
lo acorde y lo bien que estaría
terciar con los dos.

Poniendo por obra el propósito
la cabeza alzó,
previno después las orejas
en plan avizor
y abriendo la boca, un sonoro
rebuzno lanzó.

Con grato embeleso escuchaba
la dulce canción
el dueño del burro que, airado,
de palos lo hartó.

También los merecen no pocos
que, si asnos no son,
reclaman que así se los flame
porque, sin temor

de hacer el ridículo, tercián
en toda cuestión
lanzando el sonoro rebuzno
que el burro lanzó.



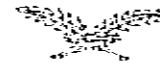
XLI
EL ZORRO Y EL ERIZO



QUISO un zorro, con engaño,
cazar un punzante erizo:
este, una bola se hizo
y aquél escapó con daño.
De su boca ensangrentada
mil injurias vomitó;
pero el erizo sufrió
con paciencia la andanada.
Dijo al fin:

—Quiero saber
si tienes queja de mí—
Respondió el zorro:

¡Pues sí!
¡que no te dejas comer!



XLIII
EL ALACRÁN Y EL PAVO

—AUNQUE me veis pequeño y desmañado—,
decía el escorpión,
—tened por bien sabido y bien probado
que doy miedo al león:
y hasta allá, en los confines de la tierra,
si de mí se oye hablar
este veneno que mi cuerpo encierra⁵⁹
hace a todos temblar—.

Ante una liebre, un cuco, una vejeta,
un topo, una perdiz,
tales roncas de jaque y de plancheta
lanzaba el infeliz.

Un pavo, catador de matasietes
que el alacrán oyó,
ipso facto, sin dimes ni diretes
de en medio lo pescó.

El cuitado alacrán lucha afanoso
queriéndose zafar
y pretende su pincho venenoso
en el pavo clavar.

Sólo le llega al pico y aunque quiera
su empeño vano es,

⁵⁹ Inicialmente: «el vil veneno...».

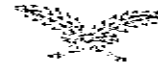
e implora a su opresor de esta manera,
volviéndose cortés:

—Díme tú los motivos que te he dado
para tratarme así:
díme si alguna vez, torpe ni osado,
queriendo te ofendí—

Dejándolo en el suelo breve instante
el pavo respondió:
—Te ví hablar tan recio y arrogante
que eso me sublevó.

Y ahora, para que ya no te des tono
haciéndote valer,
llanamente, sin rabia y sin encono,
te voy a deshacer—.

Y tal como lo dijo, llanamente, volviéndolo a pescar,
hizo en buche tumba de un valiente
que no supo callar.



XLIV
LAS PEQUEÑAS CAUSAS

GRAN falta contra el propio
Emperador de China
cometió un sabio insigne
de apartada provincia.

Preso en enhiesta torre
su condena cumplía
y esquivos carceleros⁶⁰
la prisión le vigilan;
más la esposa del sabio,
que es discreta y es lista,
logra a fuerza de astucia
hacer al triste preso
cotidianas visitas
desde un bosque cercano
que la oculta a la vista.
Cambia con él por señas
platónicas caricias
y echan sus grandes párrafos
por medio de la mímica.
Mas, ¡ay!, que esa ventura,
con no ser cosa nimia,
siempre será incompleta
para almas tan unidas.

⁶⁰ Alcalá anota la palabra «adustos» como posible alternativa a la de «esquivos». Hemos optado por mantener la primera.

La desdichada esposa
siempre al marido incita
para que huya con ella
hacia tierras más dignas.
Riquezas no les faltan
y además su familia
puede buscarles medios
de abandonar la China.

Por fin, desde la torre,
le llega cierto día
un billete arrojado
por su esposo a hurtadillas.
Rezabá el sobrescrito
de la ansiada misiva:
«Haz al pie de la letra
cuanto aquí se te indica».
Marchóse ella a su casa
curiosa y contentísima
por tener en su esposo
confianza inextinta.

Cuando la noche llega,
vigilante y furtiva
hasta el pie de la torre
sus pasos encamina.
Lleva un grueso paquete
que bajo el manto abriga
para cumplir en todo
la acordada consigna.
Saca un escarabajo
más negro que la tinta,
le unta toda la frente
con un poco de almíbar

y larga hebra de seda
de una pata le fija.
Pónelo junto al muro
bajo la estancia misma
donde está el prisionero
y diestramente imita
del grillo la cantata
que a su marido avisa.

Mientras, el coleóptero,
que olió la golosina
que en la frente le untaron,
creyendo hallarla arriba,
sube afanosamente
por ver si la conquista.

Con ansia el pobre preso
la llegada vigila;
de pecho en la ventana
ni aun siquiera respira,
muy atento el oído,
reforzada la vista.

Por fin ve que el viajero
logra escalar la cima.
Ya lo tiene en sus manos;
presuroso lo libra
de la hebrilla de seda
que a una pata se fía.
Tras un tenue silbido
la esposa, apercebida,
le ata a la fina seda
largo bramante o guita;
a ésta una vez en alto,

cuerda de carretilla
y a la cuerda, que es firme,
fuerte cordel de pita
que ya tiene anudada
cuando llega hasta arriba,
una gruesa maroma
que puede izar mil libras.

Ya está en manos del preso,
que hace mil alegrías.

Sin perder ni un segundo
fuertemente la afirma
de una pesada argolla
pendiente de una viga
y, echando el cuerpo afuera,
por ella se desliza.

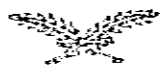
¡Qué de finos transportes!
¡qué de mutuas caricias!
¡qué de lágrimas dulces
dulcemente vertidas!
Ya está el esposo a salvo;
pero hay que huir con prisa.

Cuando el alba despunta
se hallan a muchas millas
de la prisión, y llevan
con ellos, en la huida,
vitualas copiosas,
fidelísimos guías,
dinero en abundancia
y monturas magníficas.
Ocultos en un bosque

se pasan todo el día
y a la noche siguiente,
por veredas esquivas,
logran ganar indemnes
las tierras de la India.

Mirad de qué manera
por una causa mínima,
un simple escarabajo
y una hebra sutilísima,
pudo encontrarse libre
cierto sabio de China.

Las más altas empresas
a que el hombre da cima,
minúsculos principios
a veces necesitan.



XLV
LA URRACA Y EL LORO



«¡MARÍA! ¡María!»
decía una urraca
y esto repetía
dando la matraca
de noche y de día.

Al oír la cansina⁶¹
serenata un loro
que, el pobre, imagina
que es un pico de oro,
Díjole:

—Vecina:
cambia ya la pieza;
pues ¿a qué conduce
tan tenaz firmeza
que sólo produce
dolor de cabeza?

—Será un gran dislate
tanto repetir;
pero tú, al remate,
¿qué sabes decir:
«Dame chocolate»?

Y a nadie le choca
que en toda ocasión

⁶¹ Inicialmente: «Oyó la cansina».

repita tu boca
tan necia canción
que aturde y sofoca.

Luce cada cual
aquello que aprende
y es justo y cabal
que el pobre defienda
su corto caudal.



HALLÁBASE la gente
de la ciudad alegre y confiada
desde remotos tiempos dedicada
al grato, tentador, dulce *far niente*,
que en castellano reza *no hacer nada*.

Así como en las épocas dichosas
de que habló en letras de oro el «Manco sano»
se alcanzaban bellotas y otras cosas
a un leve movimiento de la mano,
también allí cualquiera ciudadano
sin esfuerzo y por medios bien sencillos,
como en aquellas gestas tan felices,
sacaba su apetito a dos carrillos
con capones, faisanes y perdices,
saltando de placer, ¡oh qué embeleso!,
de pernil en pernil, de queso en queso...

La fortuna voltaria,
cruel y atrabiliaria,
tuvo un día la pícaro humorada
de echarle la contraria
a la ciudad alegre y confiada.
Y destructoras nubes de granizo ⁶³,

⁶² Este texto apareció publicado en el número 238 de «Norte Andaluz» (Jaén, 10 de febrero de 1926), con el subtítulo de «Fábula liberal».

⁶³ En la primera redacción: «Con destructoras...».

ya en negra escarcha, ya en tenaz sequía⁶⁴,
fácilmente deshizo
de tal ciudad la mágica alegría.
Y llegó la escasez echando lumbre
y con su cara descarnada el hambre
y hubo bandullo al que atacó la herrumbre
y hubo cuerpos más finos que el alambre.
No se vuelve a aliñar una legumbre,
ya no se encuentra un pan por una apuesta,
de carne no hay ni un resto,
no hay pescado ni a tiro de ballesta,
el vendedor de fruta quita el puesto
y ello es... ¡morirse con la capa puesta!⁶⁵

Por causa de estas luchas *intestinas*,
el pueblo soñador y confiado
pensó hasta en emigrar a Filipinas,
cuando un día aprendió que en el mercado
había una capacha con sardinas.
Al punto de saber la tal noticia
desolada corrió toda la gente;
pues siendo una materia alimenticia
en que poder ejercitar el diente
está bien disculpada la codicia.
El más lerdo adivina
que salió cada cual con su sardina.
Como no son ictiófagos
imposible enterrar en sus esófagos
sin asar o cocer la rica pesca:
todos se lanzan a buscarse fuego,
mas se convencen luego
de que no existe en la ciudad ¡ni yescal

⁶⁴ Inicialmente: «fuertes escarchas y tenaz sequía».

⁶⁵ En su primera redacción: «y... ¡ello es morirse con la capa puesta!».

Un ciudadano más zahorí, más listo,
se pone más alegre que una Pascua
porque allá, en cierto hogar, de pronto ha visto
en las cenizas relucir un ascua
de secular encina
que su entraña calcina
con intenso fulgor vivificante
y expande por la lóbrega cocina
mil luces de diamante.
Arrima el otro el ascua a su sardina
gozando, aunque su hallazgo
no le dará un hartazgo.

Ya la escamosa piel del pescadillo
trueca, mientras del cuerpo se despega,
por rubio tono el plateado brillo,
y a la fina nariz del mozo llega
el penetrante y peculiar tufillo.

En un amplio sillón acomodado
piensa el mozo en su suerte sin segundo,
cuando un sueño profundo,
invencible, tenaz y desusado
lo trasladó de pronto a un nuevo mundo.
Lo que el hombre soñó no es para dicho:
Con el dulce sopor llegó en volandas
a un regio corredor donde, al capricho
comía toda clase de viandas.

Copiosamente trasegó buen vino,
fumó un habano de sin par vitola
y no fue una vez sola
en que bebió café y benedictino.
Mas llega el despertar y ¡oh triste sinol:

la sardina mil veces deseada
se halla completamente achicharrada
mientras, al lado, el ascua refulgente
luce vivaz sin que le importe nada
su víctima inocente.

Hago omisión de las clamantes voces
que daba el triste mozo
y de los puñetazos y las coces
que en los muebles causaron gran destrozo.

Y por seguir con la costumbre añeja,
ahora quiero sacar la moraleja
que el más lerdo adivina:
*Si arrimas mucho el ascua a tu sardina,
es muy posible que la suerte marre
y la pobre sardina se achicharre.*



XLVII
PERROS Y ZORROS



LA niña Julia,
pimpollo tierno
de lindo rostro,
de noble pecho,
que es de sus padres
y sus maestros
cifra absoluta
de puro afecto,
sintiendo impulsos
de amor materno,
puso afanosa
todo su empeño
en dar crianza
y al mismo tiempo,
a un par de zorros
y a un par de perros.

Recién nacidos
eran aquéllos
y todavía
cachorros éstos.
A todos cuatro
prestó igual celo,
mas quiso un día,
por ver sus juegos,
a su albedrío
dejarlos sueltos

y allá, en el Parque
mandó traerlos
a las traillas
muy bien sujetos.
Soltarlos manda
y entrambos perros
ladran festivos
con gran contento,
saltan y brincan,
corren ligeros,
huyen y tornan
en un momento
y a Julia asaltan
como queriendo
de sus mejillas
robarle un beso,
lamen sus manos,
ciñen su cuerpo
y, al fin, ya muestran,
siendo aun pequeños
el fiel instinto
del noble perro.
Mas... ¿y los zorros,
qué ha sido de ellos?

Con su taimado
mirar rastrero,
caído el hopo
y hurtando el cuerpo,
cuando en el campo
libres se vieron,
sin hacer ruido
fuéronse huyendo;
mas, no de balde,
que el gallinero

por un descuido
se hallaba abierto
y en él entraron
a sangre y fuego.
Percibe Julia
los cacareos,
a ver las causas
corre al momento
y un cuadro horrible
sus ojos vieron.

Gallos, gallinas,
pavos, polluelos,
unos, heridos,
esotros, muertos,
desparramados
por todo el suelo.
Mientras, los zorros,
¡quién sabe de ellos!

Llora la niña
con desconsuelo
y un fiel criado,
sesudo y viejo,
le dice:

—Aprende
por este ejemplo
a hacer buen uso
de tus afectos.
Hay hombres malos
y hay hombres buenos,
traidores zorros
y fieles perros.



XLVIII
EL GRILLO Y LA LUCIÉRNAGA



DESDE el breve brocal de su agujero
al gusano de luz decía el grillo:
—Te das mucha importancia, compañero;
pues piensas que tu débil farolillo
brilla como un lucero.

—Comprendo que mi brillo,
—le respondió el gusano humildemente—,
ni deslumbra ni ciega;
pero es lo suficiente,
por no ser luz de pega,
para que se me llame reluciente.
Esta luz es ajena a mi albedrío
y si nací con ella
y es un bien que me dio mi buena estrella
lo luzco, ¡porque es mío!⁶⁶



⁶⁶ Este último verso tuvo dos tentativas anteriores: «lo luzco, grillo, hermano, ¡porque es mío!», y «luzco ese bien, ufano, ¡porque es mío!».

XLIX
LAS DOS NUBES



NUBE que encierra truenos y rayos,
que hizo del aire fiero huracán,
que el agua límpida trocó en granizo,
con otra nube marcha a la par.

Es la segunda contraria en todo;
néveos destellos despide al sol,
agua purísima lleva consigo
y es blando céfiro su precursor.

Dijo a la blanca la nube negra:
—¿Por qué tan blanda siempre has de ser?
Cambia en un todo, toma mi ejemplo,
siembra el espanto y hazte temer.

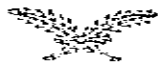
Cuando aparezco negra y tonante
todas las gentes huyen de mí,
y hacen al Cielo mil rogativas
y me maldicen con frenesí.
—Yo, en cambio de eso, —dijo la blanca—,
soy para el hombre signo de paz:
tierras fecundo, nutro veneros,
llevo alegrías para el hogar.

Son mi cortejo las bendiciones
y al alejarme, gozoso el sol,

trueca las gotas que dejo al paso
en ricas gemas de gran fulgor.

—Pues, no comprendo, —ruge la negra—,
que en ser tan dulce sientas placer...

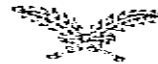
—Porque no sabes, —dijo la blanca—,
cuánto es el goce de obrar el bien.



L
EL MAR Y EL NAVÍO



DÍJOLE el mar al navío⁶⁷:
—¿Cómo marchas tan ufano
sabiendo que está en mi mano
destruir tu poderío?
Si estoy manso, a tu albedrío,
sobre mí vas por el mundo;
mas, si me muestro iracundo,
reforzando mi oleaje
pronto corto tu viaje
y en mis entrañas te hundo.



⁶⁷ Inicialmente: «Le dijo...».

LI
EL SERMÓN DEL ZORRO

LA zorruna partida,
siete u ocho raposos de cuidado,
decidióse a emprender una batida
por sector más tranquilo y abastado;
pues las dificultades de la vida
llegaban al más alto y sumo grado
por causa de conejos y perdices,
liebres, alcaravanes y sisonas,
víctimas infelices
de estos zorros hambrones,
que estaban de ellos ya hasta las narices
y esto hizo que acordase de consuno⁶⁸
el cónclave zorruno
asaltar un famoso gallinero.

En diez leguas o más, a la redonda,
no pudieron hallar tan rica fonda;
mas pensaron primero
por delante mandar de globo sonda
al *Jopito*, raposo muy ligero,
rey de la trapisonda
por lo astuto, falaz y pendenciero.

Tomó el zorro el sendero
mientras que los aviesos camaradas
el retorno esperaban anhelantes

⁶⁸ Inicialmente: «y esto...».

aprestando a la lucha sus quijadas
y haciéndoseles siglos los instantes.

Antes, muy mucho antes
de lo que ellos habían presumido
se presentó *Jopito* presuroso
tan cariacontecido,
que todos a una vez:

—¿Qué ha sucedido
—dijéronle— que estás tan tembloroso?
Jopito respondió:

—Ponedme oído.
Ya sabéis que no soy muy religioso...
pongamos que un poquillo descreído⁶⁹;
pues os juro y no es chanza
que a un buen sermón le debo esta mudanza.
—¿A un sermón?

—A un sermón.
—¡*Jopito* miente!
—¡No miento! Yo salí muy diligente
colmado de esperanza
cuando encontré al congénere *Maldiente*
muy cerca de la casa de labranza
donde tan ricamente
pensábamos dar gusto a nuestra panza.
¡Compadres; qué sermón tan contundente
Maldiente me espetó! ¡Vaya elocuencia,
vaya mímica airosa y vaya ciencia!
¡Con decir que estoy hecho una ursulina...!

Gritó la concurrencia:
—Te mereces, *Jopito*, una tollina.
¡Eso es una insolencia!

⁶⁹ En un principio: «pongamos que soy algo descreído».

—¿Qué pensais?, ¿que es pamplina?
pues id al sitio y lo vereis colgado
contando las bellotas a una encina.
¿No nos dice el refrán que: «Aunque callado
bien predica el ahorcado»?;
pues: ¡ojo a la doctrina!—
Quedó el concurso mudo y desolado
y cada cual marchóse por su lado
oliendo a chamusquina.



LII
PLAZO FATAL



RIO un procaz mozuelo
del andar vacilante de un abuelo
que al ver la mofa se detuvo y dijo:
—¿De qué te burlas, hijo?
Como me veo llegarás a verte
y si así no te ves, ¡pena de muerte!



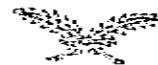
LIII
EL BORREGO MANSO

UN mayoral de ovejas,
—muchos le llaman rabadán—,
decía a un hijo suyo
que era a sus órdenes zagal:
—No quiero que te juntes,
cuando de huelga al pueblo vas,
con Pedro el de la Sorda
ni con Ramón ni con Pascual.
Yo estoy de ti contento,
de tu conducta no he de hablar;
pues eres resperuoso,
serio y de dócil voluntad⁷⁰,
nos honras a tus padres,
guardas las fiestas de guardar
y en nuestro rudo oficio
con vigilancia siempre estás.
—Entonces: ¿por qué causa
con esos mozos no he de hablar?
Si ellos son alocados
y bullangueros por demás,
su modo de ser nunca
ni en un tomín me pegarán.
—Como yo ya soy viejo
tengo experiencia por mi edad
y sé que en este mundo
puede el más cauto claudicar.

⁷⁰ En principio propone «dúctil» en lugar de «dócil».

¿Tú ves aquel borrego
que ahora llegó junto al zarzal?
Ya sabes que entre todos
era el más manso y el que más
atento a los silbidos
para encerrarse en el corral.
Pues lleva ya unos días
que huído y solo siempre está
y ayer por la mañana
dio una topada a Sebastián,
después a dos ovejas
y a mí, que soy su mayoral.
¿Quieres saber la causa?:
pues te la voy ahora a explicar:
por querer ser tan bravo
como son todos los demás.
Vio topar a los otros,
se le ocurrió también topar
pensando ser cuanto antes
de la manada el caporal.

Ya ves por qué te pido,
cuando de huelga al pueblo vas,
que huyas del de la Sorda
y de Ramón y de Pascual.



LIV
MAL AGÜERO

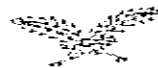


PEINÁBASE Consuelo⁷¹
y un torpe movimiento de sus brazos
tiró el espejo al suelo
y el espejo rompióse en mil pedazos⁷².

Gimiendo, ella decía:

—¡Mal agüero!

Su padre que la oía
vino a decirle en ademán chancero:
—No creas en agüeros, hija mía:
calma tus nervios, yo te lo aconsejo.
Deshacer ese agüero es muy sencillo:
tan sólo con echar mano al bolsillo
y comprarte otro espejo.



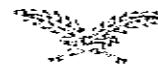
⁷¹ Inicialmente: «En su cuarto peinábase Consuelo».

⁷² En un principio «que, al paso está, rompióse».

LV
LO MALO Y LO BUENO



AL beleño y al hombre
yo los comparo:
en los más malos seres
no todo es malo
y en el beleño
se obtiene medicina
de su veneno.

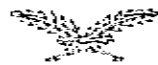


LVI
LA GRANADA



SI la granada es tosca
por su envoltura,
por dentro es fina, bella⁷³,
de gran dulzura.

Hombres, —los menos—,
hay malos por defuera,
por dentro, buenos.



⁷³ Inicialmente: «Por dentro es bella y tiene».

LVII
LA MUERTE DEL GATO



LLEGÓ hasta los ratones el runrrún
de la muerte del fiero *Zapirón*,
un gatazo más negro que el betún,
y aun más negro que el pelo el corazón⁷⁴.

Salieron comisiones para ver
si la vaga noticia era verdad
y pronto se pudieron convencer
de una grata y dichosa realidad⁷⁵.

Con tal motivo armóse un gran festín
digno de Sardanápalo y Nerón.
Hubo allá de manjares un sinfín:
pastas, galletas, queso, salchichón...

Lanzábanse discursos a granel,
dos ratonas bailaron el cancán,
otro entonó canciones de burdel...
¡En fin, que fue una fiesta «a todo plan»!

Un ratón muy sesudo que observó
desde lejos el loco frenesí,
dominar el tumulto consiguió
y en tono doctoral les dijo así

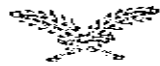
⁷⁴ En su primera redacción: «el cuerpo negro y negro el corazón».

⁷⁵ Inicialmente: «de la grata y dichosa novedad».

—Ha muerto *Zapirón*: ¡bien muerto está
y así por siempre, amén viera la luz!
pero yo me pregunto: ¿es que quizá
no quedan *Zapaquilda* y *Micifuz*?

—¡Es muy verdad! —exclaman a la vez
los más cuerdos—. Y si aún, por nuestro mal,
quedan gatos, será una insensatez
que sigamos la alegre bacanal.

Siempre debe pensar cada ratón
que existen en el mundo mil y mil
tan fieros como el fiero *Zapirón*⁷⁶
y en guerra con la raza ratonil.



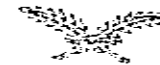
⁷⁶ En lugar de «fiero», anota en la primera redacción «pobre».



DON Perfecto Vagante,
rico hacendado,
viendo engullir a un pobre,
quedó asombrado.

—¡Qué ansiedad, qué apetencia
tan desmedida!
¡Sin duda le hará daño
tanta comida!—

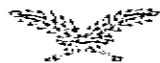
Le contestó el pobrete:
—No tengas miedo:
tú, comes cuando quieres,
yo, cuando puedo
y juzga todo el mundo
cosa probada
que digiere hasta piedras
la hambre atrasada.



LIX
LOS DUELOS



«LOS duelos, con pan son menos»,
dice un antiguo refrán.
Ayer le hicieron a Juan
dos chichones, de los buenos,
con un mendrugo de pan.



LX
EL PASTORCILLO Y EL RUISEÑOR



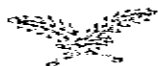
DE la flauta de Pan tañedor diestro,
verdadero maestro,
pasaba horas muy gratas
dale que le darás a sus tocatas
Luisete el zagalillo recostado,
por librarse del sol, tras unas matas
en tanto que pacía su ganado.

Abajo un arroyuelo tortuoso
de bosque sombroso
viendo alegremente transcurría
y un ruiseñor oculto la armonía
dábale de su canto deleitoso.

Muy pagado el pastor de su destreza
quiso imitar del pardo pajarillo
lo que él, en su rudeza,
llamaba «el estribillo».
Después de ejecutada alguna pieza
comenzaba a imitar el más sencillo
canto del ruiseñor, un solo acorde,
dando con lentitud nota tras nota
y al escuchar la melodía rota
trastocada y discorda,
gemía maldiciendo su derrota.

—Pastorcillo, no sientas amargura,

—dijo al zagal compadecida el ave
con su tono melífico y suave—.
Para ti es suficiente la ventura
de tañer esa flauta diestramente
y si ahora ella no sabe
mis trinos imitar, es consiguiente
que el mal está en su hechura.
Hizo Dios de tal modo mi garganta
que, aunque desafinar se propusiera,
no podría cantar de otra manera
que como siempre canta.
Si esa flautilla, hechura de tu mano,
remedarme no puede un solo trino,
piensa, pastor hermano,
que lleva el sello humano
y mi garganta tiene el don divino.



CURRO Ruiz, gran cazador
tanto de caza menuda
como de caza mayor
tenía una gran ayuda
en su perro quitador.

Klin, famoso en los anales
venatorios, perdiguero
de dones tan especiales,
que no hubo en el mundo entero
dos perros a *Klin* iguales.

Curro a su perro quería
con un afecto especial;
lo mimaba y lo atendía
y *Klin*, como es natural,
lealmente correspondía.

Tras del amo siempre andaba
con fidelidad canina;
lo lamía, le ladraba
blandamente, con sordina,
y le huía y le brincaba.

Florón a sus aficiones
quiso poner el buen Curro
y para las excursiones

mercó en el ferial un burro
de excelentes condiciones.

No está de más si os indico
que era el burro una gran pieza
desde el rabo hasta el hocico.
¡Qué culatal! ¡qué cabezal!
¡qué garrones! ¡qué... borrico!

Siempre marchaba el puntero⁷⁷
con su paso castellano,
y era también el puntero
con un trote liso y llano
muy contrario al cochinerero.

Mojino, —que era su mote—,
siempre estaba muy mohino;
pues en pago de ese trote
Ruiz, sólo daba a *Mojino*
algún cariñoso azote.

Y en cambio al dichoso can,
a más de fiestas y halagos,
lo tenía a todo plan;
que éstos suelen ser los pagos
que a veces los amos dan.

Quejábase cierto día
de estos desvíos a *Klin*
preguntándole qué haría
con el cazador al fin
de ganar su simpatía.

⁷⁷ Inicialmente, «primero» en lugar de «puntero».

—*Mojino*, no seas camueso;
le contestó el perro fiel—;
que es fácil de arreglar eso:
cuando te encuentres con él
dale un abrazo y un beso—.

Quedó el borrico admirado
de tan clara solución
pensando, al pesebre atado,
valerse de una ocasión
para cumplir lo dictado.

Y, en efecto, al otro día
cuando Curro lo ensilló
para ir a una montería.
Mojino lo recibió
dando muestras de alegría.

Con un rebuzno bestial,
—pues hay rebuznos humanos—,
dirigióse el animal,
levantándose de manos,
en busca del principal.

Este que, ante el pataleo,
comprendió que aquel asunto
iba poniéndose feo,
comenzó a gritar al punto
moviendo mucho jaleo.

Entre Curro y un vecino,
que acudió con un garrote,
le hicieron dar a *Mojino*⁷⁸,

⁷⁸ Este verso y el siguiente tuvieron inicialmente este otro texto: «me pusieron al pollino/des-
de el rabo hasta el cogote».

pegando los dos a escote,
más vueltas que un remolino.

Y ante el enojo de Curro
dijo el burro con razón:
—Pues señor: según discurre,
ciertas caricias no son
para que las haga un burro.



CIERTA liebre, —argentina la capa
grandes ojos y airosa esbeltez—,
se encontró con el sapo y la sapa
matrimonio de raro jaez.

Preguntóse la liebre:

—¿Hay alguna desventura mayor de fealdad?
Es horrible su piel aceituna
toda llena de rugosidad.

Miedo causan sus ojos salientes⁷⁹
de mirada que da desazón,
y sus grandes bocazas sin dientes
y sus cuerpos de extrema hinchazón.

Pero en esto, observó que a la sapa
tierno el sapo llególe a decir:

—Sapa mía, te encuentro muy guapa—;
y a la liebre le dio por reír.

—¿Por qué ríes?, —gritóle un erizo
que muy cerca acertaba a pasar.

—Porque Dios tan esbelta te hizo⁸⁰
¿de los otros te quieres burlar?

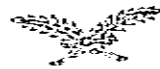
⁷⁹ Inicialmente, «Miedo da con sus...».

⁸⁰ En lugar de «tan esbelta», Alcalá rechazó estas dos propuestas anteriores: «algo airosa» y «tan gallarda».

Piensas tú que tu pelo ceniza
es un suave plumón; ¿no es así?
pues los pinchos que lleva mi eriza
tienen más suavidad para mí.

Por lo tanto, que el sapo a la sapa
le dirija miradas de amor
y embobado le diga que es guapa
no te debe causar estupor.

La belleza tasar no es posible,
pues depende del gusto especial:
lo que al uno parecele horrible
para el otro es el sumo ideal.



LXIII
EL ZAGALÓN Y EL TOPO



PUDO, tras de andar alerta,
el hijo de un hortelano
coger un topo villano
que destrozaba la huerta.

No es decible el alborozo
que el mozo experimentó;
pues con tal caza creyó⁸¹
que evitaría el destrozo.

De este modo a la alimaña,
que escaparse pretendía,
con gran sorna le decía:
—¡No escaparás a mi saña—.
Y en su furor vengativo
buscó una muerte cruel:
cavar un hoyo y en él
enterrar al topo vivo.

Se halló el bicho en su elemento⁸²,
cavó al punto un nuevo caño
siguiendo en la huerta el daño
con más furioso ardimiento.

⁸¹ En una primera redacción este verso y el siguiente decían: «pues con tal caza evró⁸¹ que prosiguiera el destrozo».

⁸² Estos cuatro versos finales corresponden a una segunda redacción de la fábula.

LXIV
LOS DOS TIRANOS

LA animalesca grey,
—animalesca es cosa de animales—,
quiso tener su rey
lo mismo que los seres racionales.
Rey, roque, presidente o quien la ley
impusiera con normas imparciales.
Fue elegido el león; con mano recia⁸³
supo imponer su autoridad suprema⁸⁴
copiando el mando de la antigua Grecia⁸⁵
y adoptando el sistema⁸⁶
de la muy peliaguda tiranía.

Pues bien, este león, noble caudillo⁸⁷,
cuando llegó su día
fue severo o cordial, hosco o sencillo,
según cada ocasión lo requería.
Dio palmetazo al pillo,
concedió al sabio honores,
premio dióle al prudente
y ahuyentando el tropel de aduladores
cortó la lengua a más de un maldiciente.

⁸³ Inicialmente, comenzaba el verso: «Mas, he aquí que el león...».

⁸⁴ En la primera redacción «quiso» en vez de «supo».

⁸⁵ Inicialmente: «y cogió el mando...».

⁸⁶ La conjunción del verso no figura en su primera redacción.

⁸⁷ La primera propuesta de Alcalá fue: «Pues aqúeste león...».

Vítore y loores
mereció del honrado y del consciente:
pero como tal gente,
—*passer le mot*—, como los animales
son un espejo fiel de los mortales,
no faltó la ambición y la perfidia,
la traición y la envidia
que, a solapa, en las sombras emboscadas,
tiró su cuchillada
contra el noble león, sereno y fuerte.

Cuando a éste le llegó la hora marcada
del trance de la muerte,
quiso dejar por sucesor del trono
a su hijo el mayor, joven, dispuesto,
magnánimo y modesto
del todo libre de pasión ni encono,
cuando un avieso mono
que ambicionaba el puesto,
con manejos ruines,
levantando en facción turbias pandillas
de malquistos, aviesos y malsines,
dio margen a motines,
tumultos, asonadas y guerrillas.
Y como hubo otros varios
que salieron también de sus casillas
creyéndose futuros usuarios
de un puesto tan llevado y tan traído,
los ciegos adversarios
después de tanta lucha y tanto ruido,
de muchos contundentes coscorrones,
viniéronse a razones
acordando nombrar como jerarca
a un cerdo que yacía en una charca
sin poder ostentar claros blasones,

ni timbres, ni alta estofa,
pues no era ni *Palustricus*, ni *Serofa*;
un marrano cualquiera
nacido en una humilde cochiguera
que, con grande premura,
se dispuso a gozar la investidura
demostrando lo que era;
un auténtico guarro
cuyo ambiente vital es la basura
y que al solio llegó lleno de barro.

¿Pensáis que he de deciros nada bueno
de quien vive en el cieno
siempre atento al batir de sus quijadas?
Un marrano sólo hace marranadas,
y esa fue su gestión, ese su mando.
Descoco, desenfreno
sófistico y nefando,
súbita exaltación de ganapanes,
honores para el sátrapa y el necio,
para el sabio y el íntegro, desprecio,
la virtud a merced de mil desmanes.

Al tirano cochino
su flamante edecán, que era un pollino,
—pensad bien—, un borrico muy despierto,
dijole que a la vera de un camino
florecía un gran huerto
y poco más allá, casi vecino,
con extensión de miles de aranzadas
un bosque de viejísimas encinas
con bellotas lucientes, prietas, finas,
dulces como si fueran confitadas.



Al saber la noticia
se despertó en el cerdo la codicia.
Todas las tardes se iban de callada
probando la coartada
para evitar sospecha ni malicia.

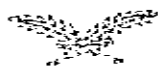
Cierto día se hallaban enfangados
«dándose un verde» ajenos de cuidados;
mas el dueño, que andaba sobre aviso,
los cogió de improviso
dejándolos pasmados.
Varios otros labriegos apostados
al oír los gruñidos y las voces
acudieron veloces
y aunque holicara el guarro fieramente
y el burro diera exorbitantes coces,
con raciocinio seco y contundente
propinaron a entrambos tal somanta,
que fue el remedio medicina santa.

Después de la paliza,
que por poco les cuesta hincar el pico,
a una cuadra lleváronse al borrico
y el cerdo a una choriza
con su sortija puesta en el hocico.

Sin rey ni roque el animal estado,
ya el pueblo aleccionado
por la última dramática experiencia,
después de una movida conferencia,
resolvió no volver a lo pasado
y, obrando en consecuencia,
que cada quisque echase por su lado,
y en términos más claros, más concretos,
campando cada cual por sus respetos.

Vinieron para el burro días malos,
sufrió cargas y palos.
Vivía el cerdo en envidiable holganza,
pero a fin de diciembre al pobrecillo
le hincaron el cuchillo
y hubo pingüe matanza.

Pasado el tiempo varios animales
reunidos en un prado departían
en tonos fraternales
y algunos, los más viejos, referían
los bienes y los males
que a la grey animal marcó la historia,
trayendo a la memoria
los tiempos de quietud y de riqueza,
las luchas desiguales
ora de descalabros, ya de gloria.
Habló un sesudo alano,
perro de gran valor y gran nobleza,
por su edad pelicano,
que expuso al mencionar la tiranía
este axioma de gran filosofía:
—Tirano por tirano,
antes noble león que vil marrano.



LA TROMPETA Y EL FUSIL



CIERTA trompeta de un regimiento,
—no, que les miento,
de un batallón—,
constantemente lanzaba al viento
marciales notas de claro son.

Del sonsonete muy amoscado
surgió un soldado
de entre los mil
y así le dijo: —¿Te has figurado¹⁵
que vales tanto como el fusil?

El su pujanza nunca pregona,
jamás blasona
de su poder
y en la pelea se envalentona
y está dispuesto siempre a vencer.

No en balde suena, guarda recato,
y es fiel retrato
de la Verdad.
Tú muestras siempre tanto aparato
que representas la Vanidad.

Hay en el mundo muchas trompetas:

¹⁵ En un principio, Alcalá finalizaba el verso de modo más prosaico: «y tú te has pensado?».

almas repletas
de presunción.
Hombres henchidos, vacuas coquetas...⁴⁹,
son las trompetas del batallón.



⁴⁹ No está claro en el original si Alcalá optaría por esta otra redacción del verso: «Los vanidosos y las coquetas».

EL PREMIO A LA BELLEZA



POR ferias, y en un pueblo que no cito,
celebraron los mozos plebiscito
con el designio de premiar aquella
mocita que juzgasen la más bella⁵⁰.

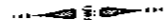
Presentáronse Inés, Juana, Lucía
y otras varias bellezas de valía,
y al certamen también vino Benita
muchacha más bien fea que bonita;
pero es única hija, sin hermano,
del ricachón del pueblo, don Casiano.

¿Quién el premio llevó?, ¿Lucía, Juana,
Elena, Paz, Inés...? La cosa es llana:
dieron los votos, sin ningún contrario,
a la niña feliz del millonario.

Hay un refrán que dice que *a la fea,*
el caudal de su padre la hermosa.

⁵⁰ «mocita que ellos juzguen...» era la redacción inicial.

LXVII
LA ROSA Y LA ESPINA



DE cercana espina,
se hallaba quejosa
la más linda rosa
de hermoso rosal,
y así le decía:
—Al que bien me quiere
sañudo le hiere
tu agudo puñal—.

Con fina sonrisa
la espina contesta:
—Tu ardiente protesta
no hace mella en mí;
pues Dios, que a tu lado
por guarda me puso,
así lo dispuso
velando por ti.

Y no es ciertamente
muy grato este oficio;
mas tal sacrificio⁹¹
consumo en tu honor,
sufriendo la injuria
de la gente, y quedo
tranquila si puedo

⁹¹ «el» en lugar de «tal» figura en la primera redacción.

guardar tu candor—.

.....
Vivid vigilantes,
madres amorosas;
defended las rosas
de vuestro vergel;
y podréis librarlas,
haciendo de espinas,
de lacras dañinas
del mundo cruel.



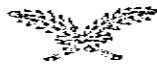
LXVIII
DICHA COMPLETA



CASÓ Clara con Luis, mas la ventura
muy poco tiempo dura;
-que antes del año un mal desconocido
dejó a la pobre Clara sin marido.
Lloró con apenado desconsuelo
y mirando hacia el cielo,
—¡No habrá, —decía en su dolor profundo—,
esposo como Luis en este mundo!—
Quiso Clara llevar de Luis el luto
con rigor absoluto.

Al cabo de unos meses
de llantos, y después de los despueses,
hízole un primo suyo carantoñas,
Clara empezó a lucir moños y moñas
terminando el torneo
con el lazo insoluble de himeneo.

Clara que es buena y boba en una pieza
se duele así a menudo en su simpleza:
—Gran ventura sería
que Luis no hubiera muerto y estaría
connigo y con Vicente
y viviendo los tres tranquilamente.



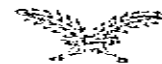
LXIX
LA MARIPOSA Y EL ESCARABAJO



CIERTA grácil mariposa,
descansando en una rosa,
vio un humilde escarabajo
sobre una mata de ajo
y díjole presurora:
—Vente, amigo, a este rosal,
que los ajos huelen mal
y las rosas huelen bien.
Ven, escarabajo, ven—
Y el otro dijo:

—No tal;
porque esa galana flor
que cantan con tanto ardor
cuantos te cantan a ti,
tan infausta es para mí
que me repugna su olor.
—¿Te repugna?

—Y ¿qué he de hacer?
¿He de gozar tal placer
en el medio en que trabajo?
—¡Pobrecito escarabajo:
tú el ajo es lo que has de oler!



LXX
LA TORRE Y LA VELETA

—A un sabio filósofo
le decía un joven:
—¿Me dará respuestas
a varias cuestiones
que aclarar no puede
mi pesquis miope?
—Hazme esas preguntas
claras y con orden
a ver si es que puedo
responderte acorde.

—¿Por qué en este mundo
miles de señores
hoy están con Pedro,
mañana con Roque,
pasado con César⁹²
y al otro con Cosme,
sí bien siempre acaban
con don Lucas Gómez;
aunque en cambio hay muchos
cuyas convicciones
no hay quien se las mueva
de donde las ponen.
Mudanza y firmeza
que tienen su entronque

⁹² Inicialmente, «Lucas» en lugar de «César».

en los nuevos modos
de muchas naciones?
—A este interrogante
con tino responde
un refrán que dice
que: «El viento que corre
mueve la veleta,
pero no la torre».

—Fui ayer a los toros
con Domingo López.
La plaza era el caos
de bulla y desorden:
llamadas, apuestas
y gritos feroces.
Un valiente espada
de justo renombre
le hizo al primer toro
y entre los pitones
colosal faena;
después el estoque
le enterró en los rubios.
¡Qué de aclamaciones,
sombrreros y prendas
y habanos y flores!
Pero a su segundo,
que era un marrajote
receloso, abanto,
suma de traiciones,
le hizo la faena
que le corresponde
a un bicho que tiene
tales intenciones.
Hubo mil protestas,
denuestos y voces;

mas los entendidos
decían: «¡Señores!
más mérito tiene
lo que ahora ese hombre
le hace a tal morucho
que a otro bravo y noble».

«¿Qué extraña mudanza
—decía yo a López—,
los unos, injurias,
los otros loores».
—Pues es lo de siempre:
que «El viento que corre
mueve la veleta,
pero no la torre».

Conozco personas
de viso y renombre
que son fiel espejo
de Jano bifronte;
pues tienen dos caras
para sus acciones.
Sonrisas, halagos,
cobas y charoles⁹³
para los que juzgan
que son superiores.
Para otras criaturas
humildes o inopes,
duras destemplanzas,
huraños sofiones.

Otros, su criterio
mantienen incólume

⁹³ El verso fue eptasílabo en la primera redacción: «cobas y adulaciones».

y en ser agradable
sienten hondo goce
a los que de estima
son merecedores
sin hacer distingos
del rico, del pobre,
del guapo, del feo,
del viejo o del joven;
mas a los perversos,
prevaricadores,
a los que de honrados
llevan sólo el nombre,
severas repulsas
y duros reproches⁹⁴.
¿Por qué esos criterios
resultan discordes?
—La respuesta es clara:
que «El viento que corre
mueve la veleta,
pero no la torre».

Rita Villalara
y Arturo Calonge
tuvieron seis años
serias relaciones,
vamòs, que eran novios
como corresponde.
Entrambas familias
estaban conformes
haciendo contentas
gratas predicciones
sobre las seguras
dichas ulteriores.

⁹⁴ En un principio: «y a veces reproches».

Pero en el verano
vino al pueblo un joven
novísimo médico
de elegante porte,
chistoso, ocurrente,
de finas acciones
que a Rita hizo cocos
a hurto de Calonge.
Fue correspondido
—justo es que se anote—
y el viejo noviazgo
el viento llevóse.

El médico al cabo
se fue no sé adónde
y la triste moza
quedó a buenas noches.
¿Piensa usted que Arturo
dejó a Rita entonces
llorando angustiada
su conducta innoble?
Perdonó a su exnovia,
contuvo rencores
sin echarle en cara
ni un solo reproche
—Verás que el axioma
viene aquí de molde:
verás claramente
que «El viento que corre
mueve la veleta,
pero no la torre».



LXXI
EL CIEGO CURADO



VIVÍA de limosnas Inocente,
ciego de nacimiento,
al cual la buena gente
le entrega el socorro suficiente
para el diario sustento.

Visitó la ciudad como turista
cierto insigne oculista
que, con amor cristiano,
por caridad hacía el mendigo hermano,
consiguió darle vista.

¡Qué dicha, esta criatura,
gozó con admirar tanta hermosura!
Cielo, palacios, fuentes, aves, flores
de mil gayos colores,
los refulgantes mundos siderales,
cuanto hizo Dios y copian los mortales.
Mas ¡ay!: ¡que está la humana bienandanza
tan sujeta a mudanza...!
Es humo, viento, espuma...
Sólo, a nosotros, viene de pasada,
prestamente se esfuma
y cuando va a gozarse queda en nada.

Por el buen trance recibió Inocente
de todos sus paisanos

enhorabuenas a tambor batiente
y apretones de manos;
pero no recibió —¡ya era vidente!—
los antiguos socorros cotidianos.
«¡Tú, puedes trabajar!», se le decía
con absurda ironía
y el desdichado exciego, cabizbajo,
llorando repetía:
«¡Yo, puedo trabajar...!: y ¿en qué trabajo?
No sé leer, ni escribir, no tengo oficio
que me dé beneficio
sin sufrir malas caras y sofiones;
pues soy un pobretón de pobretones
que no puede prestar ningún servicio».

Don Gil, rico hacendado,
movido a compasión del desdichado,
lo empleó en su cortijo de porquero
y hasta el fin de su vida ya amparado
quedó el triste y dicho pordiosero
que pensaba: «Los bienes terrenales
suelen a veces convertirse en males».



LXXII
LETRA ABIERTA



AFAÑOSO, un avaro
cuenta dinero
y le dice el demonio,
que es su banquero:
—No te afanes ni apures,
caro cliente;
que ya te abrí en mi banco
cuenta corriente.



LXXIII

LA VELA Y LA BOMBILLA



A una bombilla que lanzaba
radiante haz en su fanal
dijo una vela en son quejoso,
ya consumida por demás:

—Yo me derrito mientras luzco,
quemo mi cera sin cesar
y cuando acaba mi existencia
soy sólo al aire humo fugaz;

mientras que tú cualquier momento,
aunque te apaguen, estarás
presta a lucir, porque tu vida
goza absoluta inmunidad.

—¿Inmunidad?: no, vela hermana;
soy como tú también mortal:
lo que sucede es que la ciencia
me consiguió vida tenaz.

Para librarme del ambiente
me hizo esta cárcel de cristal
y como aquí nadie me daña
gozo mayor longevidad

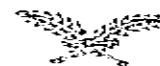
ni el fiero azote de la lluvia
ni el más enérgico huracán,

que a ti te apagan al momento
pueden mi brillo amortiguar.

Mas llega el fin irremediable,
mis filamentos hacen ¡clac!
y ya apagados, inservibles
entre tinieblas siempre están.

Tú lo das todo, hasta tu esencia,
cosa que es siempre de admirar,
yo, en mi aislamiento, sólo el brillo,
lo que relumbra, lo trivial.

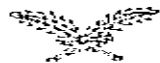
De los humanos somos copia;
que hay quien, por nada, nada da
y hay quien acorre al indigente
con fervorosa caridad.



LA TARÁNTULA Y EL SALTAMONTES



EN el tosco brocal de su morada
 —cubil de piedra y lodo—
 se hallaba la tarántula asomada
 buscando astuta el modo
 de atrapar una presa descuidada.
 A fuer de redomada cazadora
 sabe esperar traidora,
 con paciente cachaza,
 que a su boca voraz venga la caza
 en vez de perseguirla hora tras hora.
 Poco tiempo ha pasado
 cuando un buen saltamontes alocado,
 en unos saltos de payazo-tonto,
 viene a caer de pronto
 del arácnido al lado.
 Este, alarga una pata delantera
 y atrapa al saltamontes de manera
 que no puede escapar. El pobre preso,
 que ya sabe el destino que le espera
 lamenta su letal falta de seso.
 —Quien no va en este mundo paso a paso
 difícil es que acierte
 —dícele el cazador—, y aunque la suerte
 puede encontrar saltando así, al acaso,
 mucho más fácil es que halle la muerte.



LA LEONA Y LA ZORRA



UN astuto zorro
 y un noble león,
 del bosque en lo espeso,
 allá donde el sol
 detiene sus rayos,
 donde el cazador
 penetra no puede,
 moraban los dos.

Cada uno su cueva
 allí socavó,
 guardando distancias
 que son de rigor;
 pues no eran iguales⁹³
 en educación,
 ni las mismas dotes
 natura les dio.
 Con ellos vivían
 también, ¿cómo no?,
 señora leona
 con señor león
 y madama zorra,
 que al nombre hace honor,
 con el monsieur zorro⁹⁴,
 raposo de pro

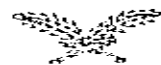
⁹³ Alcalá, a fin de evitar la reiteración verbal, cambia «son» por «eran».

⁹⁴ Inicialmente, figuró la palabra «monsieur» en castellano, señor.

LA TARÁNTULA Y EL SALTAMONTES



EN el tosco brocal de su morada
 —cubil de piedra y lodo—
 se hallaba la tarántula asomada
 buscando astuta el modo
 de atrapar una presa descuidada.
 A fuer de redomada cazadora
 sabe esperar traidora,
 con paciente cachaza,
 que a su boca voraz venga la caza
 en vez de perseguirla hora tras hora.
 Poco tiempo ha pasado
 cuando un buen saltamontes alocado,
 en unos saltos de payazo-tonto,
 viene a caer de pronto
 del arácnido al lado.
 Este, alarga una pata delantera
 y atrapa al saltamontes de manera
 que no puede escapar. El pobre preso,
 que ya sabe el destino que le espera
 lamenta su letal falta de seso.
 —Quien no va en este mundo paso a paso
 difícil es que acierte
 —dícele el cazador—, y aunque la suerte
 puede encontrar saltando así, al acaso,
 mucho más fácil es que halle la muerte.



LA LEONA Y LA ZORRA



UN astuto zorro
 y un noble león,
 del bosque en lo espeso,
 allá donde el sol
 detiene sus rayos,
 donde el cazador
 penetra no puede,
 moraban los dos.

Cada uno su cueva
 allí socavó,
 guardando distancias
 que son de rigor;
 pues no eran iguales⁷⁵
 en educación,
 ni las mismas dotes
 natura les dio.
 Con ellos vivían
 también, ¿cómo no?,
 señora leona
 con señor león
 y madama zorra,
 que al nombre hace honor,
 con el monsieur zorro⁷⁶,
 raposo de pro

⁷⁵ Alcalá, a fin de evitar la reiteración verbal, cambia «son» por «eran».

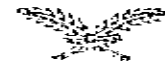
⁷⁶ Inicialmente, figuró la palabra «monsieur» en castellano, señor.

con más recovecos
y más intención
que vueltas revueltas
tiene un caracol.
Como que el taimado
tal sitio eligió
por vivir tranquilo,
libre y sin temor
con la salvaguarda
del señor león.

Pues, cata que un día
seis zorros parió
madama la zorra
y en esta ocasión
señora leona
un hijo alumbró.
Jamás tuvo nadie
contento mayor
que estos matrimonios,
cual más de los dos,
pues ya sus estirpes
tienen sucesión.

Madama la zorra
loca se volvió
con los seis zorreznos
de su jopo en pos
y nunca cesaba
de darse charol
luciendo arrogante
tanpreciado honor.
En tal arrogancia
la leona creyó
descubrir oculta

doblada intención
y de esta manera,
poniendo en la voz⁹⁷
un poco de sorna,
le apagó el farol.
—Tú juzgas sin duda
mérito mayor
tener seis zorretes
que tu espejo son
y han de mostrar pronto
su instinto feroz,
a cual más artero,
más cobarde: yo,
sólo tengo un hijo⁹⁸;
pero es un león.



⁹⁷ Este verso y el siguiente se introducen por Alcalá en su revisión de la fábula.

⁹⁸ Alcalá concluye con estos dos versos el poema en la corrección del mismo.

EL ESMERIL Y LAS PIEDRAS PRECIOSAS



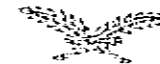
CONVIRTIENDO la tabla de un estante
de rica joyería
en campo de Agramante
reuniéronse en ausencia del brillante
las piedras orientales de valía.

Abandonando todas su vivienda,
—el elegante estuche
de piel, seda o *peluche*
a que las condenó su adverso sino,
esa engarzada en oro, ésta en platino—,
el rubí, la esmeralda,
el ópalo, el granate, la amatista
con el topacio gualda,
en confusa revista
acuden al momento.
¡Qué bulla, qué jaleo!
¡qué tono tan violento!
Mas que cortés disputa es un torneo
de gente sin pudor ni miramiento.
Están desconocidas
piedras tan elegantes, tan *pulidas*.

Por el duro esmeril fue la contienda;
pues ninguna quería
que fuese un personaje allá en la tienda
quien a más de ser feo y ser adusto

muele más de lo justo;
pero él que se da cuenta
de que causa esta trinca,
cuando ella es más violenta
desde la mesa de trabajo brinca
y a todos se presenta.
Prodúcese el revuelo
consiguiente: después se oíría el vuelo
de una mosca. El, entonces, mesurado,
dice a los circunstantes:

—He escuchado
con honda pena vuestro injusto duelo.
De las hondas entrañas de la tierra
salisteis como yo, y si se encierra
vuestro sino en gozar, en ser mimadas,
decidme si seríais admiradas
de las diversas gentes
si no fuese por mí. ¡Desventuradas!
¿quién os trocó en cristales relucientes
si no fue mi dureza y mi constancia
que os supo dar aristas y facetas?
Pero vuestra arrogancia,
porque valéis los miles de pesetas,
se vuelve contra mí ¡Tal es la vida
y es general este pecado vuestro!
¡Pronto se nos olvida
los bienes que el maestro
no supo dar sin precio ni medida!



LXXVII

LA LAGARTIJA Y EL CIEMPIÉS



SIN reposar un instante
la cabeza siempre inquieta y levantada;
vigilante
la mirada;
vivaracha y ondulante,
bien temprano ya salió de su yacija
—la rendija
de alta roca—,
matizada y elegante
lagartija.
Corretea como loca
por lo plano y lo escarpado.
A veces ni el suelo toca
y en dos saltos, dos mosquitos ha cazado
con la boca.

Como raspa de lenguado
—de través
las espinas—, un ciempiés
va pasando
peña arriba. En su camino
descubre al ágil saurino
que se para
cara a cara
con el torvo peregrino.
Y dice de esta manera
la rastrea
bestiecilla:
—Es cosa rara

verte dar tanta carrera.
¿Quién pensara
que teniendo cuatro patas solamente
puedas ir tan diligente?
Yo que cuento
treinta y ocho patas más
he de andar a paso lento...
—dice el saurio: —Lo lamento.
Tú, jamás,
aunque de verdad contarás con las ciento⁹⁹,
como corro correrás.
Desengáñate, ciempiés¹⁰⁰;
que quien tiene muchos pies
no es aquel que corre más.

No te asombre;
pues lo mismo ocurre al hombre¹⁰¹.
Porque es moda,
hay algunos que persiguen el renombre
pulsando la ciencia toda
rama a rama:
y forman tal amalgama
que un ovillo
se hace en un dos por tres
con el caso más sencillo;
y en vez de alcanzar la fama
les sucede lo que a ti, señor ciempiés¹⁰²;
que andan y andan y no salen en un mes¹⁰³
de un ladrillo.

⁹⁹ Inicialmente: «aunque contaras las ciento».

¹⁰⁰ Tras este verso, Alcalá suprimirá estos tres: «duro es/el decirlo; pero ya comprenderás/buena res».

¹⁰¹ En principio: «que lo mismo...».

¹⁰² Inicialmente, «tes pasa lo que al ciempiés».

¹⁰³ En lugar de «salen», figura tachado en el original «salen», lo que a todas luces fue un error de copia.

EL CERVATILLO, LOS DOS LOBOS Y EL ZORRO



POR los más intrincados vericuetos,
con dos lobos tras él,
corría desolado un cervatillo
de poco más de un mes.
Como aún eran muy débiles sus patas
cansóse de correr
y pronto sus verdugos lo atraparon
dándole muerte cruel.

Cada uno de los lobos reclamaba
toda entera la res
sin permitir ninguno, en su codicia,
ni un ápice ceder.

Después de regruñirse fieramente
uno al otro, después
de agotadas las rifas y las roncas,
inevitable fue
que emprendieran al punto abierta lucha
sin tregua ni cuartel
ganosos de saciar en su enemigo
la vengativa sed.

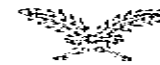
Desgárranse las carnes a bocados,
les mana por las cien
heridas de sus cuerpos, roja sangre
que les baña la piel,

hasta que, al fin, exangües, moribundos,
hubieron de ceder
y ahora purgan tirados por el suelo
su gran insensatez.

Un zorro que, emboscado entre unas matas,
pudo observar muy bien
la muerte del cervato, la pelea
que provino después
y a los verdugos fuera de combate
puestos a fenecer,
llegando muy alegre al altozano
donde yacen los tres
dijo a los moribundos:

—Este lance

jamás lo imaginé.
Gracias, señores míos, muchas gracias¹²⁴
por vuestra esplendidez;
pues me proporcionáis un gran banquete
con este tierno ser:
pero no era preciso que ofrendárais
vuestras vidas también.
¿Quisisteis demostrar que a lo valiente
no quita lo cortés?
Fuerte jopazo da; lanza un gruñido
y comienza a comer
mientras los combatientes se decían¹²⁵:
«¡Nos lucimos, pardiez!».



¹²⁴ En un principio, «gracias, señores lobos...».

¹²⁵ Alcalá deja pendiente en la fábula si optar por «moribundos» o «combatientes»; la decisión, por tanto, es nuestra.

LA ABEJA, EL ABEJARUCO Y EL ABEJORRO

UN abejaruco,
pájaro muy cuco
de lindo plumaje
de vario color,
salió al cazadero¹²⁶
desde su agujero
hecho en un costado
de elevado alcor.

Inicia su vuelo
derecho hacia el cielo
y cuando en las nubes
parece que está,
con mil caprichosas
vueltas espaciosas,
con curvas, con rectas,
ya viene, ya va.

De pronto se aleja,
pues ve que una abeja
emprende afanosa
su diaria labor¹²⁷,
y que en vuelos breves¹²⁸,

¹²⁶ Alcalá redacta este verso y los dos siguientes en lugar de: «salió de su nido,/refugio es condido/en pina pendiente».

¹²⁷ En principio, «su grata labor».

¹²⁸ Inicialmente: «y en vuelos muy breves».

muy varios, muy leves,
hurtando dulzuras
va de flor en flor.

Al ver su enemigo
busca pronto abrigo
entre las espigas
de cresco zarzal
y el abejaruco¹²⁹
preparando el truco
le dice a la abeja:
—Sal afuera, sal.

Deja ya ese abrigo;
que yo soy tu amigo¹³⁰
y paces muy firmes
habremos de hacer.

Dice la emboscada:
—Salir es bobada;
pues sé que al momento
me vas a comer¹³¹.

Quiero preguntarte¹³²
por qué has de cebarte
conmigo que al hombre
presto utilidad¹³³.

¹²⁹ En su primera versión eran diferentes este verso y el siguiente: «y el pájaro bicho/ante lo imprevisto».

¹³⁰ Inicialmente: «porque soy...».

¹³¹ En principio, «coger» en vez de «comer».

¹³² En el original este verso y los siete siguientes figuran en un recuadro, por lo que estimo que Alcalá, a pesar de haber corregido algunos, dudaba su inclusión.

¹³³ «Con quien presta al mundo», en primera versión.

¿No hay otras comidas¹¹⁴
aún más escogidas
que sacien del todo
tu voracidad?

Mira ese abejorro
zumbante y modorro
que ahora va volando
derecho hacia ti,

y es una comida¹¹⁵
aún más escogida,
aún más de tu gusto,
y olvídamme a mí.

Deja el aludido¹¹⁶
su ronco zumbido
porque de la abeja
llegó a oír la voz;

pero ve al retinto
y con claro instinto
de aquellos lugares
quiere huir veloz.

—¡Aguarda un momento,
serás mi alimento!
—le chilla el verdugo
lanzándose a él;

¹¹⁴ Inicialmente: «tonta utilidad».

¹¹⁵ Hasta por cinco veces ensaya Alcalá este verso y los tres que le siguen. Resulta prácticamente imposible transcribir todas las propuestas. Quede la que nos parece la penúltima: «manjar semejante/tu, bicho volante,/no has de encontrar otro».

¹¹⁶ Al menos en dos ocasiones, intenta corregir Alcalá el texto original. Quede la que me parece versión primera: «El bicho aludido/cesa en su zumbido/de la hábil abeja/al sentir la voz;/mas al ver al pronto/con seguro instinto».

ello es una treta¹¹⁷;
da una voltereta
y vuelve a esconderse
detrás de un laurel.

Cuando el campo deja
quiere huir la abeja
y el abejaruco,
que al acecho está

sus alas extiende¹¹⁸
volando, y la aprehende
y al punto en su buche
encierro le da.

—Una necia has sido;
porque me has creído
bajo mi palabra¹¹⁹
confiando en mí.

Hay muchos mortales
que, en trances iguales,
suele sucederles
lo mismo que a ti.



¹¹⁷ En principio, «pero» en vez de «ello».

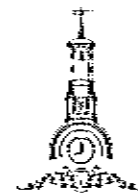
¹¹⁸ Inicialmente, éste y los 3 versos que le siguen tenían el siguiente texto: «con sus alas hien- de/los aires, la aprehende/y en su buche al pronto/entierro le da».

¹¹⁹ Muy distinta es la redacción final de este verso y el que le sigue: «y para lo que deje/con- fías en mí».

INDICE

El grano germinado. A modo de introducción / 5
Los melocotones de Alcaudete / 11
El pavo y las nueces / 14
El cisne y el cerdo / 16
El caballo de montura y el caballo azacán / 18
El niño y la avispa / 22
Los zorros y la paloma / 24
El fiel guardián / 28
El avestruz y el colibrí / 32
•Pleitos tengamos... / 34
El salto del berrico / 38
El ración ermitaño / 39
La abeja y la adelfa / 43
La ballena y la sardina / 45
Las avellanas / 47
Las lechuzas calumniadas / 48
El león, el mono y el alacrán / 52
Los zapatos enlodados / 55
La palmera del desierto / 58
Los dos reclamos de perdiz / 61
El búcaro de La Rambla y el porrón de Andújar / 64
El banquete de la araña / 66
Dos sustos (De Theophile Gautier) / 68
El banquete de galápago / 70
La urraca crítica / 74
El bonzo rico y el bonzo pobre / 76
Por eso se vende la vaca; porque al uno le gusta la pierna y al otro la falda / 78
La risueña, mellada / 82
Cariño hipócrita / 83
El almendro y el olmo / 84
El miedo guarda la viña / 86
La suerte de la gallina / 88
Las avutardas y la yegua / 90
El murciélago, el pájaro y el ratón / 92
Los monjinos / 94
La sangre azul / 97
Los dos berros / 100
¡A los pies y al soto! / 102
La ostra / 103
La ciencia y la astucia / 104

El espejo y el brillante / 106
El burro cantor / 107
El zorro y el erizo / 109
El alacrán y el pavo / 110
Las pequeñas causas / 112
La urraca y el loro / 117
El ascua y la sardina / 119
Perros y zorros / 123
El grillo y la luciérnaga / 126
Las dos nubes / 127
El mar y el navío / 129
El sermón del zorro / 130
Plazo fatal / 133
El borrego manso / 134
Mal agüero / 136
Lo malo y lo bueno / 137
La granada / 138
La muerte del gato / 139
El mejor digestivo / 141
Los duelos / 142
El pastorcillo y el ruiseñor / 143
Caricias borricales / 145
El sapo y la sapa / 149
El zagabón y el topo / 151
Los dos tiranos / 152
La trompeta y el fusil / 157
El premio a la belleza / 159
La rosa y la espina / 160
Dicha completa / 162
La mariposa y el escarabajo / 163
La torre y la veleta / 164
El ciego curado / 169
Letra abierta / 171
La vela y la bambilla / 172
La tarántula y el saltamontes / 174
La leona y la zorra / 175
El esmeril y las piedras preciosas / 178
La lagartija y el ciempiés / 180
El cervatillo, los dos lobos y el zorro / 182
La abeja, el abejaruco y el abejorro / 184



DIPUTACION PROVINCIAL DE JAEN